

La Peste Negra de 1348: los orígenes de la construcción como enfermedad de una calamidad social (*)

JON ARRIZABALAGA (**)

SUMARIO

1.—Introducción. 2.—El verdadero nombre y naturaleza de una nueva calamidad. 3.—Las causas de la Peste Negra. 3.1.—La Peste Negra, ¿un castigo de Dios? 3.2.—Causas naturales: celestes y terrestres. 3.3.—Causas artificiales. 3.4.—La causa inmediata y la difusión de la peste. 4.—Los signos de la peste. 5.—Los efectos. 6.—Conclusiones.

RESUMEN

En este trabajo se estudia cómo percibieron los médicos prácticos universitarios del Mediterráneo latino la llamada Peste Negra de 1348, y en qué medida iniciaron la construcción como entidad morbosa, de esta calamidad social. Para ello se han analizado seis de las obras médicas más significativas escritas sobre la peste en las fechas de la epidemia, cuyos autores fueron: Jacme d'Agramont, Gentile da Foligno, Giovanni da Penna, Alfonso de Córdoba, un anónimo «práctico de Montpellier» y el Colegio de doctores de la facultad de medicina de París.

1. INTRODUCCIÓN

Hacia finales de 1347 y comienzos de 1348 una epidemia de rápida propagación y alta mortalidad comenzó a difundirse por Europa occidental, su-

Fecha de aceptación: 25 de mayo de 1991.

(*) Una parte del material de este artículo fue expuesta y debatida en el Symposium «Practitioners and medical practice in the Latin Mediterranean, 1100-1350» (Barcelona, abril de 1989). Una elaboración posterior formará parte de un capítulo más amplio que se publicará en García Ballester, L.; French, R. K.; Arrizabalaga, J.; Cunningham, A. (eds.) *Practical medicine from Salerno to the Black Death*, Cambridge, Cambridge Univ. Press (en prensa).

(**) Unidad de Historia de la Ciencia, CSIC. Egiptiaques, 15. 08001 Barcelona (España).
DYNAMIS

Acta Hispanica ad Medicinæ Scientiarumque Historiam Illustrandam. Vol. 11, 1991, pp. 73-117.
ISSN: 0211-9536

miendo pronto a toda la población en el pánico y la desolación. Esta terrible calamidad que, según distintas estimaciones, ocasionó la muerte del 25 al 50% de la población europea, es conocida en la actualidad como la Peste Negra, si bien esta denominación no se popularizó en Europa hasta el siglo XVIII.

Los historiadores han discutido mucho sobre las repercusiones de todo orden (demográficas, sociales, económicas, políticas, culturales, científicas) y, en general, sobre el protagonismo más o menos destacado de la Peste Negra de 1348 en la llamada «crisis europea del siglo XIV» —la primera gran crisis de la transición del feudalismo al capitalismo (1). Indudablemente, ha habido en este debate historiográfico exageraciones groseras en relación al papel jugado por esta epidemia en la Europa bajomedieval, habiéndose llegado al extremo de considerarla como el principal factor determinante de un pretendido punto de inflexión que marcó el fin del mundo medieval y el comienzo del moderno (2). Con todo, continua siendo incuestionable que la Peste Negra de 1348 constituyó un acontecimiento histórico de primer orden (si bien no único) en la historia bajomedieval europea.

Las actitudes de las diferentes comunidades europeas frente a la Peste Negra de 1348 han sido abordadas en innumerables estudios. No puede, en cambio, afirmarse lo mismo acerca de los médicos universitarios, un grupo social cuya posición en la Europa bajomedieval perpetuó la memoria de su participación en la lucha contra la peste (otra cosa es el protagonismo real en ésta, que fue compartido por *todos* los «prácticos» sanitarios: los educados en las universidades y los formados en el sistema abierto, hombres y mujeres, judíos, musulmanes y cristianos, a muchos de los cuales hoy calificaríamos de «curanderos»). Esta laguna historiográfica cobra una mayor relevancia si se tiene en cuenta que se trata de las actitudes suscitadas entre los médicos universitarios con motivo de lo que, años después, fue retrospectivamente percibido como su primer contacto con una nueva calamidad (3).

-
- (1) Para una visión panorámica y bibliografía sobre este tema, cf. ZIEGLER, Ph. (1969). *The Black Death*, London, Collins. Es muy útil el extenso capítulo bibliográfico proporcionado por BIRABEN, J.-N. (1975-1976). *Les hommes et la peste en France et dans les pays européens et méditerranéens*, Paris-La Haye, Mouton, 2 vols.: vol. II, pp. 196-413.
 - (2) Un expresivo ejemplo de esta tendencia historiográfica lo proporciona GOTTFRIED, R. S. (1983). *The Black Death. Natural and Human Disaster in Medieval Europe*, London, Macmillan.
 - (3) Las excepciones más destacadas a esta regla son las monografías de CAMPBELL, A. M. (1931). *The Black Death and Men of Learning*, New York, Columbia Univ. Press, y de PA-

En las páginas siguientes estudiaré cómo percibieron la llamada Peste Negra de 1348 los médicos universitarios del área mediterránea latina; área geográfica esta en la que incluyo Italia, Provenza y Languedoc, el Reino de Francia y la Corona de Aragón. Lo he hecho a partir del análisis detenido de seis *regimina de peste* escritos entre 1348 y 1350. El más temprano de ellos es el *Regiment de preservació de pestilència* (Lleida, 24 de abril de 1348) de Jacme d'Agramont. Le siguen cronológicamente dos escritos procedentes del mundo universitario italiano: el *Consilium contra pestilentiam* (Perugia, antes del 18 de junio de 1348) de Gentile da Foligno, y el *Consilium in magna pestilentia* (Nápoles, 1348) de Giovanni della Penna; el *Compendium de epidimia* (Paris, Octubre 1348), obra colectiva del «Colegio de doctores de la facultad de medicina de París»; y dos trabajos más surgidos de los círculos universitarios montipesulanos: la *Epistola et regimen de pestilentia* (Montpellier, 1348-1349) de Alfonso de Córdoba, y el anónimo *Tractatus de epidemia* (Montpellier, 19 de mayo de 1349), firmado por «cierto práctico de Montpellier». Parto del supuesto de que las percepciones de estos médicos prácticos constituyen una realidad histórica en sí misma, sólo comprensible desde un acercamiento no presentista.

Todos estos trabajos fueron escritos bajo una motivación marcadamente coyuntural, aunque cada uno persiguió distintos propósitos. El médico catalán y profesor de la facultad de medicina de Lleida, Jacme d'Agramont puso punto final a su *Regiment de preservació de pestilència* — aparentemente el escrito médico bajomedieval más temprano sobre la peste— la víspera de san Marcos (= 24 de abril) de 1348, falleciendo poco después víctima de la misma enfermedad. Escrito en forma de *epístola* dirigida a los regidores del municí-

LAZZOTTO, D. (1973). *The Black Death and Medicine: a Report and Analysis of the Tractates written between 1348 and 1350*, Univ. of Kansas, Ph. D. Dissertation. Con anterioridad a estas fechas, la historiografía positivista dio noticia y editó numerosos escritos de médicos contemporáneos sobre esta epidemia y las subsiguientes a ella. Entre otros, cf. MICHON, L. A. J. (1860). *Documents inédits sur la grande peste de 1348 (Consultation de la Faculté de Paris, Consultation d'un praticien de Montpellier, Description de Guillaume de Machaut)*, Paris, J. B. Baillière et Fils; SUDHOFF, K. (1910-1925). Pestschriften aus den ersten 150 Jahren nach der Epidemie des «Schwarzen Todes», 1348, *Archiv für Geschichte der Medizin*, 4 (1910-1911), 191-222, 234, 389-424; 5 (1911-1912), 36-87, 332-96; 6 (1912-1913), 313-79; 7 (1913-1914), 57-114; 8 (1914-1915), 175-215, 236-89; 9 (1915-1916), 53-78, 117-67; 11 (1918-1919), 44-92, 121-76; 14 (1922-1923), 1-25, 79-105, 129-68; 16 (1924-1925), 1-69, 77-188; 17 (1925), 12-139, 241-91; SINGER, D. W. (1915-1916). Some Plague Tractates (Fourteenth and Fifteenth Centuries), *Proceedings of the Royal Society of Medicine*, 9, 159-212.

pio de Lleida, Agramont, como él mismo indicaba, no se proponía con su *Regiment* instruir a los médicos, sino ayudar a la población de Lleida en general, ante las noticias crecientemente alarmantes acerca de la presencia de *epidímia ho pestilència e mortaldats de gents* en regiones cercanas a esta ciudad. De ahí que el *Regiment* esté escrito en una lengua vernácula, el catalán, y no en latín como los restantes escritos estudiados. El *Regiment* contiene, además del prólogo, dos partes. En la primera, más bien breve, la intención de Agramont fue aparentemente suministrar al lector unos mínimos rudimentos de filosofía natural que le permitieran entender el resto de la obra: puesto que la causa de la «pestilencia» se situaba en el aire, debían explicarse primero «las propiedades del aire templado en sus cualidades y en su substancia» (cap. 1) y «las formas de cambio y alteración o destemplanza del aire» (cap. 2). La segunda parte, que constituye el grueso de la obra, aborda ya propiamente el tema de la «pestilencia» (4). Contiene seis grandes apartados en los que sucesivamente se estudian: la naturaleza y el nombre de la pestilencia; las causas de la pestilencia universal (por cambio cualitativo y por cambio substancial del aire) y de la particular (en una ciudad, en una calle y en una casa); las señales de la pestilencia por cambio substancial del aire (las que anuncian la llegada de la pestilencia, y las que anuncian su presencia en el aire); los efectos del aire pestilencial sobre los seres vivos y el hombre (los provocados por el aire cualitativamente alterado y por el aire substancialmente alterado); el régimen de prevención frente a la pestilencia (por cambio cualitativo y por cambio substancial del aire); y la naturaleza de la «pestilencia moralmente entendida».

Gentile da Foligno era profesor en la facultad de medicina de Perugia, cuando la *pestilentia* que también acabaría pronto con su vida, comenzaba a abatirse sobre esta ciudad italiana. Antes de su muerte el 18 de junio de

(4) Para este trabajo he utilizado una edición moderna del *Regiment*: VENY I CLAR, J. (ed.) (1971). «*Regiment de preservació de pestilència*» de Jacme d'Agramont (s. XIV). *Introducció, transcripció i estudi lingüístic*, Tarragona, Diputació Provincial, pp. 47-93 (en adelante, AGRAMONT, *Regiment*). Para la escasa información disponible sobre Jacme d'Agramont y el *studium* médico de Lleida en la primera mitad del siglo XIV, cf. *ibidem*, pp. 21-32; McVAUGH, M.; GARCÍA BALLESTER, L. (1989). The medical faculty at early fourteenth-century Lérida, *History of Universities*, 8, 1-25. El escrito de Agramont fue analizado por WINSLOW, C. E. A.; DURAN REYNALS, M. L. (1948). Jacme d'Agramont and the first of the plague tractates, *Bulletin of History of Medicine*, 22, 747-65; y traducido al inglés por DURAN REYNALS, M. L.; WINSLOW, C. E. A. (1949). Regiment de preservacio a epidímia o pestilencia e mortaldats..., *Bulletin of History of Medicine*, 23, 57-89.

1348, Gentile redactó un amplio *Consilium contra pestilentiam*, aunque también se le atribuyen otros tres *consilia* más breves. Gentile escribió su principal *Consilium* por ruego de la universidad y de la ciudad de Perugia, aparentemente muy al inicio de la epidemia. La obra se divide en cuatro partes que versan sobre: las causas; el régimen preventivo; el régimen curativo; y diecisiete *dubia* sobre la peste, redactadas con el expreso propósito de «ejercitar la mente de los jóvenes en tan profunda materia», y que le permitieron descargar de contenido teórico la parte propiamente consiliar. La mayor virtud del *Consilium* de Gentile es quizás que constituye un inventario ordenado y sistemático de la práctica totalidad de las medidas prácticas frente a la peste, que los médicos universitarios de su tiempo dispusieron. Los otros tres *consilia* más breves fueron escritos con posterioridad al anterior, cuando los estragos que causaba la peste no dejaban margen de duda a la extrema gravedad que revestía la epidemia. El más temprano, que es muy breve, estaba dirigido al colegio de médicos de Génova. Le siguió otro *consilium* sin destinatario, en el que Gentile aludía a Nápoles como la ciudad que estaba sufriendo entonces la «terrible mortandad». El más extenso y tardío de los tres, que Gentile dirigió al colegio de médicos de Perugia, debió de ser escrito poco antes de su muerte, siendo editado por su hijo Francesco da Foligno. Este tercer *consilium* consiste en un breve régimen preventivo con respuesta, muy breve, a tres *quaestiones* finales planteadas por el «conjunto de la población» (5).

Antes de concluir el año 1348 el profesor de la facultad de medicina de Nápoles Giovanni della Penna (*fl.* 1344-1387) escribió un *Consilium in magna pestilentia*, aparentemente como réplica al *consilium* dirigido poco antes por Gentile da Foligno a los napolitanos. Sudhoff recogió este trabajo en dos versiones, ambas del siglo XV, que son totalmente diferentes en su estructu-

(5) Para las ediciones de los *consilia* de Gentile citados en este trabajo, cf. GENTILE DA FOLIGNO, *Consilium contra pestilentiam* [Colle di Valdelsa, Bonus Gallus, c. 1479] (el *consilium* más extenso: en adelante, GENTILE, *Consilium*); ---, *Consilia* [Papiae, Antonius de Carcano, c. 1488], signats. f_{8v}-g_{2v}. También cf. SUDHOFF, K. (1910-1925), *op. cit.* en nota 3, 5 (1911-1912), 83-7, 332-5. Sobre Gentile da Foligno y sus escritos, cf. LUGANO, P. (1908). Gentilis Fulginas Speculator e le sue ultime volontà, *Bollettino della Regia Deputazione di Storia Patria per l'Umbria*, 14, 195-260; SARTON, G. (1927-1947). *Introduction to the History of Science*, Baltimore, Carnegie Institution of Washington, 3 vols. en 5 tomos: III/1, pp. 848-52; THORNDIKE, L. (1923-1958). Gentile da Foligno and Fourteenth-Century Medicine, *History of Magic and Experimental Science*, New York, Columbia Univ. Press, 8 vols.: III, pp. 233-52; CAMPBELL, A. (1931), *op. cit.* en nota 3, p p .

ra, aunque muy afines en su contenido. Giovanni della Penna rechazaba la idea propugnada por Gentile, de que la causa de la *pestilencia* era «una putrefacción venenosa que aparecía junto al corazón y el pulmón». Della Penna (6) desarrolló su reprobación punto por punto refiriéndose a: las causas de la pestilencia; su prevención; y su curación.

En octubre de 1348 el colegio de profesores de la facultad de medicina de París, atendiendo al ruego del rey Carlos VI de Francia, hizo público un largo *Compendium de epidimia*. En él emitían su opinión colectiva en relación a la pestilencia que en aquellos momentos asolaba París y todo el Reino de Francia. El *Compendium* (7), bastante extenso y de corte muy académico, se divide en dos partes principales, que se dedican al estudio de: 1) las causas de la pestilencia, y 2) sus remedios preventivos y curativos.

El quinto trabajo objeto de nuestro estudio es la *Epistola et regimen de pestilentia* de Alfonso de Córdoba. Del autor únicamente sabemos lo que él nos refiere en su *Epistola*: que era «maestro en artes liberales y medicina» y que escribió su trabajo en Montpellier. Resulta difícil de precisar la fecha de composición de este escrito: por su contenido podría tratarse tanto del año 1348 como del siguiente. Alfonso de Córdoba distinguía tres pestilencias consecutivas a partir de 1348, cada una de ella atribuida a causas diferentes. Su *Epistola* está dedicada a la tercera de ellas, la cual —en su opinión— no se debía a causas naturales, sino a un envenenamiento deliberado, que había sido causado por artificio humano (8).

El último de los escritos objeto de discusión es el *Tractatus de epidemia* que «un práctico de Montpellier» anónimo dirigió al claustro médico de la universidad de París el día de san Ivo [19 de mayo] de 1349. Este trabajo mues-

(6) SUDHOFF, K. (1910-1925), *op. cit.* en nota 3, 5 (1911-1912), 341-8; y 16 (1924-1925), 162-7 (en adelante, PENNA, *Consilium*). Sólo el primer manuscrito mencionado explicita el rechazo de Giovanni della Penna hacia las tesis de Gentile da Foligno; para el escrito de Gentile, *cf. Ibidem*, 5 (1911-1912), 333.

(7) Para este estudio he hecho uso de la edición de esta obra preparada y comentada por REBOUIS, E. H. (1888). *Etude historique et critique sur la peste*, Paris, Picard-Croville-Morant & Foucart. La edición del *Compendium* parisino, junto a su traducción francesa se encuentra en las páginas 70-145 (en adelante, MAESTROS DE PARÍS, *Compendium*). Sobre este escrito, *cf.* la introducción de Rebouis (pp. 1-69); CAMPBELL, A. M. (1931), *op. cit.* en nota 3, pp. 14-7.

(8) He utilizado la edición de esta obra publicada por SUDHOFF, K. (1909-1910). *Epistola et regimen Alphonstii Cordubensis de pestilentia*, *Archiv für Geschichte der Medizin*, 3, 223-6 (en adelante, ALFONSO DE CÓRDOBA, *Epistola*). Sobre esta obra y su autor, *cf.* también CAMPBELL, A. M. (1931), *op. cit.* en nota 3, pp. 17-8.

tra una gran dependencia del *Compendium* de los maestros parisinos, en sus interpretaciones relativas a las causas celestes de la *epidemia*. Por lo demás, no obstante, se distancia abiertamente de él, para señalar con particular insistencia que la *epidemia* se transmitía fundamentalmente por contagio a través del aliento y la mirada de los enfermos. El anónimo práctico montepesulano se extendió ampliamente en sus interpretaciones de los procesos por los cuales esto ocurría, apuntando finalmente diversas medidas preventivas del contagio (9).

En las páginas siguientes trataré de responder a las siguientes cuestiones: ¿Cómo percibieron estos médicos la enfermedad que llamamos Peste Negra? ¿Fue ésta para ellos algo nuevo o simplemente una calamidad más, junto a otras como guerras, hambres y catástrofes naturales? ¿La consideraron enfermedad? ¿Una enfermedad o varias médicamente etiquetables? ¿Qué teorías propusieron acerca de su origen y causas? ¿Qué signos y qué efectos destacaron como característicos suyos?

2. EL VERDADERO NOMBRE Y NATURALEZA DE UNA NUEVA CALAMIDAD

Como ya hemos señalado, la denominación «Peste Negra» aplicada a la epidemia de peste de 1348, no se popularizó en Europa hasta el siglo XVIII. El origen de esta expresión sigue siendo hoy día un pequeño misterio en la historia de la peste. La locución latina *atra mors* de donde parece derivar, fue ya empleada por Séneca en relación a la peste en alusión a su carácter de enfermedad muy epidémica (10). Sin embargo, fue Johannes Isaacus Pontanus en 1631 el primero en presentarla como la designación popular por la que los europeos de mediados del siglo XIV conocieron la maligna pestilencia de que masivamente eran entonces víctimas (11). Por otra parte, traducida a lenguas vernáculas, la misma expresión había ya aparecido algunas décadas

(9) Para este estudio he seguido la edición de este escrito preparada y comentada por MICHON, L. A. J. (1860), *op. cit.* en nota 3, pp. 71-81 (en adelante, PRACTICUS, *Tractatus*). Sobre esta obra y su autor, cf. CAMPBELL, *op. cit.* en nota 3, p. 21.

(10) SENECA, *Oedipus*, 164-170, 180-201 (citado por D'IRSAY, S. [1926] Notes to the origin of the expression: «Atra Mors», *Isis*, 8, 328-32).

(11) PONTANUS, J. I. (1631). *Rerum Danicarum Historia*, p. 476: «... notant chronologi adeo saevam ac diram hoc anno pestem ... grassatam ... Vulgo et ab effectu *atram mortem* vocitabant» (citado por D'IRSAY, S. [1926], *op. cit.* en nota 10, p. 328).

antes como *swarta döden* (1555) en la literatura sueca y como *den sorte Død* (1601) en la danesa (12). Así pues, el origen de esta locución radica posiblemente en una traducción literal de la latina *pestis atra* o *atra mors* a las lenguas escandinavas o al inglés (13).

En las crónicas contemporáneas la Peste Negra de 1348 aparece primaria y esencialmente como una gravísima calamidad que azotaba a las distintas colectividades humanas, dejando tras de sí un rastro de muerte y desolación. Para la Corona de Aragón, el importante conjunto de manuscritos contemporáneos sobre la Peste Negra conservado en el Archivo de la Corona de Aragón y que fue reunido y editado por Amada López de Meneses, confirma esta visión. Si reparamos en los nombres con los que la peste aparece citada en esta documentación, encontramos que en 105 ocasiones (75% del total de menciones) se alude a ella bajo el sustantivo *mortalitas/tates*, sea a secas, sea unido a epítetos enfatizantes [*gran, generalis/les, infesta, infinite, ingens, immense, pestilencialis/les, pestilens, terribilis/es, universalis, valide*]; en otras 5 ocasiones (4%), bajo la locución *mortalitatum clades*; el resto queda monopolizado por los vocablos *infirmitas/tates* (10 veces; junto a los adjetivos *pestifere, pestilenciales, terribiles, o valide*), *epidemia* (5 veces), *pestilencia* y *pestilencie* (7 veces; junto a los calificativos *mortalis, infecta, o grans*), y *pestis* (2 veces); y otras locuciones (*egritudo pestifera, malaltia/ties, mortalitatis sevicia*), sólo mencionadas en una ocasión (14). La inmensa mayoría de estas denominaciones revela de modo expresivo que los habitantes de la Corona de Aragón percibieron la peste de 1348 como una mortandad catastrófica. Sólo con la aparición de subsiguientes crisis epidémicas en el transcurso del siglo, recibió la peste de 1348 nuevas denominaciones como *mortalitas prima* y *maxime mortalitates*, que la significaban como el primer y mayor hito de una nueva época caracterizada por grandes mortandades (15); o nombres clínicos como *glanola/les* (16). Del análisis de esta colección documental se desprende igualmente que las interpretaciones que relacionaban estas mortalidades con condiciones particulares del aire gozaban de una gran popularidad en la Corona de Aragón a mediados del siglo XIV; como más adelante veremos, este hecho refleja apa-

(12) REICHBORN KJENNERUD, I. (1948). Black Death, *Journal of the History of Medicine*, 3, 359-60.

(13) ZIEGLER, Ph. (1969), *op. cit.* en nota 1, pp. 17-8.

(14) Cf. LÓPEZ DE MENESES, A. (1956). Documentos acerca de la peste negra en los dominios de la Corona de Aragón, *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón (Sección de Zaragoza)*, 6, 291-447.

(15) *Ibidem*, docs. nos. 152, 155, and 156.

(16) *Ibidem*, docs. nos. 149, 154, and 157.

rentemente una significativa permeabilidad social hacia el saber universitario, tanto médico como filosófico natural (17). No es preciso añadir que, en términos generales, lo dicho acerca de la percepción de la Peste Negra por los habitantes de la Corona de Aragón, puede hacerse extensivo a las restantes comunidades del sudoeste europeo que sufrieron la epidemia.

Ahora bien, ¿cómo percibieron la peste de 1348 los médicos universitarios que ejercían su profesión en el Mediterráneo latino? Uno de ellos, Jacme d'Agramont habló de ella en términos de *epidímia ho pestilència e mortalitats de gentes* que amenazaba Lleida desde *algunes partides e regions a nos vehines* (18). Agramont no dijo nada a propósito del término *epidímia*, pero sí expuso ampliamente lo que entendía por *pestilència*. De hecho, dió a este término una etiología muy peculiar, de acuerdo a una forma de conocimiento establecida por Isidoro de Sevilla (570-636) en sus *Etymologiae* y que fue ampliamente aceptada en la Europa bajomedieval (19). Agramont descompuso el término *pestilència* en tres sílabas: *pes* (= *tempesta*: 'tormenta', 'tempestad'), *te* (= *temps*: 'tiempo') y *lència* (= *clardat*: 'claridad', 'luz'); de modo que —concluía— la *pestilència* era «el tiempo de tempestad que viene de la claridad, o sea, de las estrellas» (20). En las mismas fechas, el médico que firmó su *Tractatus de epidemia* como «cierto práctico de Montpellier» sostenía que el vocablo *epidemia* procedía del griego *epi* (= 'sobre') y *demos* (= 'continente o aire corrupto'). En consecuencia, concluía que *epidemia* significaba «peste en el continente, o sea en el aire»; y la definía como «la corrupción del continente, o sea, del aire, que mata de modo súbito a todas las criaturas», añaa-

(17) Hay expresiones como *sterilitates temporum [et] mortalitatum clades, epidemia vel malicia temporis, epidemia et infecta aeris affluencia, generalis epidemia et infecta pestilencia aeris pestilentis, sterilitas temporis et aeris intemperies, mortalitates et aeris intemperies, mortalitates et temporum preteritorum sterilitas, infirmitatum et mortalitatis pestis ac sterilitas temporis and pestilentialis et corruptibilis tempus*. Cf. *ibidem*, docs. nos. 19, 25, 29, 71, 73, 77, 90, 111, y 128.

(18) AGRAMONT, *Regiment*, p. 47.

(19) Cf. FONTAINE, J. (1959). *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*, Paris, Etudes augustiniennes, 2 vols.; ENGELS, J. (1962). La Portée de l'étymologie isidorienne, *Studi Medievali*, 3.^a serie, 3, 100-28 (ambos citados por JACQUART, D.; THOMASSET, C. [1989]. *Sexualidad y saber médico en la Edad Media*, Barcelona, Labor, pp. 2-10, 36-37).

(20) AGRAMONT, *Regiment*, p. 55: «Hon dich que pestilència, segons verdadera enterpretació, vol dir ayant com temps de tempesta que ve de clardat, ço és a saber, de les esteles. Per la primera sil.laba sua, que és .pes., entench 'tempesta'. E per la segona sil.laba sua, que és .te. entench 'temps'. E per la terça sil.laba sua, que és .lència. entench 'clardat' car lencos en grech vol aytal dir com 'clardat' ho 'lum' en latiú».

diendo que «toda corrupción del aire debe reducirse a causas celestes» (21).

Otros pasajes del *Regiment* de Agramont permiten clarificar el oscuro sentido de su acercamiento etimológico al término *pestilència*. De hecho, distinguió dos clases de «pestilencia»: la *pestilència naturalment entesa* y la *pestilència moralment entesa*. La primera, a la que propiamente dedicó su escrito, la definió como

«un cambio (*mudament*) contranatural del aire en sus cualidades complexionales [= *alteració*] o en su substancia [= *putrefacció*]. Dicho cambio produce, en los seres vivos de determinadas regiones, corrupciones, muertes súbitas y enfermedades diversas, no habituales en ellas» (22).

Para definir la «pestilencia entendida moralmente» Agramont parafraseó su propia definición de la pestilencia natural:

«Pestilencia [moral] es un cambio (*mudament*) contranatural del ánimo y del pensamiento en las gentes de determinadas regiones, como consecuencia del cual acontecen enemistades y rencores, guerras y robos, destrucciones de lugares y muertes, no habituales en ellas» (23).

A partir de la discusión de Agramont acerca de ambas pestilencias, la «natural» y la «moral», se puede concluir:

1) La idea de «pestilencia moral» de ningún modo es metafórica. A Agramont no le cupo ninguna duda de su existencia, de tal modo que su concepto de *pestilència* era operativo no sólo en el mundo natural, sino también en el moral. Sin embargo, eludió la discusión de este concepto pretextando que su entendimiento no era suficientemente capaz de ello, y, en consecuencia, invitaba a hacerlo a quienes poseyeran mentes «más altas y suti-

(21) PRACTICUS, *Tractatus*, p. 71: «Videndum est primo quid sit epidemia et quare sic dicitur. Epidemia enim dicitur ab «epi» quod est *supra*, et «demos» quod est *continens*, vel aer qui corruptus est; dicitur pestis in continente, id est in acre: omnes enim corruptiones aeris reducuntur in causas coelestes ... Est autem epidemia corruptio continentis, id est aeris, necans quasi subito creaturas».

(22) AGRAMONT, *Regiment*, p. 52: «pestilència és mudament contra natura de l'aer en ses qualitats ho en sa substància, per lo qual en les coses vivents vénen corrupcions e morts sotpanes e malauties diverses en alcunes determenades regions, oltra cós acostumat en aquelles».

(23) *Ibidem*, p. 91: «... és mudament contra natura de coratge e de pensament en les gents per lo qual venen enemiztats e rancors, guerres e robaments, destruccions de lochs e morts en alcunes determenades regions oltra còrs acostumat en aquelles».

les». Cabe subrayar su insistencia en un paralelismo natural/moral o físico/moral, con saltos rápidos de lo personal a lo social. Este punto de vista no sólo fue compartido, sino incluso ampliado por Gentile da Foligno, quien, por ejemplo, encontró la siguiente respuesta triple a la *quaestio* «¿Por qué se producen comúnmente pestilencias tras las guerras?»: i) porque en tiempo de guerra los cuerpos humanos se conducen de modo desordenado, lo que hace que se generen en ellos humores malos aptos para la putrefacción; ii) porque los cuerpos superiores que disponen a las guerras, a menudo también lo hacen a las pestes; y iii) porque la fecundidad que habitualmente sigue a la carestía provocada por la guerra, acarrea una sobresaturación que provoca muchas obstrucciones, consecuencia de las cuales se produce la putrefacción y la enfermedad pestilencial (24). Obviamente, Gentile relacionaba íntimamente el orden natural y el moral, con respecto no sólo a los efectos, sino también a las causas. Con todo ello, los dos médicos (Agramont y Gentile) se hacían simplemente eco de la teoría de las conjunciones planetarias de Albumasar, según la cual determinadas conjunciones causan graves desastres políticos y naturales.

2) Ni la «pestilencia natural», ni la «pestilencia moral» son, como podría suponerse, el efecto de un cambio contranatural — sea del aire en el caso de la «pestilencia natural», sea del ánimo y pensamiento de las gentes en el caso de la «pestilencia moral» — sino el propio cambio en sí mismo. Como ya he indicado, el anónimo «práctico de Montpellier» compartió las mismas ideas de Agramont con respecto a la «pestilencia natural» — la única que contempló. Para uno y otro la «pestilencia» no era la enfermedad, sino la causa de numerosos efectos entre los cuales se contaban diversas enfermedades. Un tanto diferente fue, por el contrario, el concepto de *epidimia* que mantenían los maestros médicos de la universidad de París. En efecto, éstos consideraban que la *praesens epidimia sive pestis* era el efecto de un cambio en el aire, no el cambio en sí mismo (25). Resulta difícil evaluar la importancia de esta patente contradicción. De hecho, Gentile da Foligno aparentemente

(24) GENTILE, *Consilium*, signat. c₄r: «Ad xiii dicendum quod provenit quia tempore guerre corpora inordinate reguntur propter quod mali generantur humores in corpore apti ad putredinem, ac etiam contingit quia superiora ad guerras disponentia sepe etiam disponunt pestes, et etiam post carisiam adveniente fertilitate fit saturatio nimia causans multas opilaciones ad quas sequitur putrefactio et egritudo pestilentialis; et possunt etiam alie cause occurrere que pro nunc omittantur».

(25) MAESTROS DE PARÍS, *Compendium*, p. 80: «credimus autem presentem epidimiam sive pestem ab aere corrupto in sui substantia, et non solum in qualitatibus alterato, immediate provenire» (el subrayado es mío).

sostuvo, de modo inconsistente, ambas opiniones a la vez. En efecto, primero afirmó, de acuerdo con los maestros de París, que «la causa de la pestilencia era cierta mutación que tenía lugar en el aire», y luego identificó la *pestilentia* con la propia mutación, de acuerdo con Agramont y el práctico de Montpellier (26).

3) Agramont pensaba que la «pestilencia natural» consistía en un cambio cualitativo o sustancial del aire. Gentile era de la misma opinión. No obstante, sostenía que cuando el cambio era cualitativo, se trataba sólo de una *mutatio pestilentiosa*, y que únicamente podía hablarse propiamente de *pestilentia* cuando el cambio era sustancial. En su opinión, ésta última implicaba la corrupción completa del aire como resultado de vapores malos que se mezclaban con él hasta en sus partes más diminutas, engrosándolo y macerándolo. Gentile ilustró este proceso mediante dos analogías: el cambio sustancial sería similar a la putrefacción que se produce cuando se remueve agua fétida (tomada de Avicena, aunque no lo cite); y el aire engrosado y macerado por estos vapores malos se asemejaría al agua en la que se macera trigo o lino (27). Otros médicos como el «práctico de Montpellier» y los

(26) GENTILE, *Consilium*, signats. a₂r-a₂v: «Omissis his dico causam pestilentie esse mutationem quandam in aere factam ... Et hec mutatio est que proprie dicitur pestilentia, ...». Los escritos de Caelius Aurelianus, sin ignorar que fueron desconocidos durante la Edad Media y no se redescubrieron hasta finales del siglo XVI, pueden quizás arrojar alguna luz acerca de estas concepciones aparentemente contradictorias de la pestilencia. En efecto, en un pasaje del prólogo de su obra *Celerum vel acutarum passionum* Celio Aureliano atacó a Asclepiades y sus seguidores por definir la enfermedad mediante la *metalepsis* — es decir, exponiendo «la causa en lugar de describir la enfermedad resultante en sí misma» — e ilustró su idea precisamente mediante el ejemplo de la «peste» (*lues*). Cf. DRABKIN, I. E. (ed.) (1950). *Caelius Aurelianus. On Acute Diseases and On Chronic Diseases*, Chicago, The Univ. of Chicago Press, pp. 8-9.

(27) GENTILE, *Consilium*, signats. a₂r-a₂v: «Et hec [mutatio] potest esse duplex ... Nam uno modo mutatur aer in suis qualitativibus, utputa quia aer secundum aliquam de suis qualitativibus ad rabiositatem pervenit. Et hec mutatio ad qualitatem symbolam et homogeneam, ut rabiositas caliditatis in estate, et frigoris in hyeme, et sic de aliis qualitativibus potest proportionabiliter intelligi. Et hec potest poni licet aliquialiter improprie mutatio pestilentiosa ... Et alio modo mutatur aer in sui substantia, quia substantia aeris ad miltiam convertitur, non quia aliqua suarum qualitatum fortior facta fuerit secundum augmentum et diminutionem esto quod (sed quia?) sine omni mutatione qualitatum fieri non contingat. Et fit tunc ex commixtione vaporum cum aere ad minimas partes, unde totum dicitur corruptum. Et dicitur merito corruptum in substantia eo quia hec mala proprietates insequitur potius modum substantie aeris quam qualitatem. Et hec mutatio est que proprie dicitur pestilentia, ... Et sic putrefactio que accidit aeri similis putrefactioni aque remollitioni(?) fetide. Ingrossatur enim aer et remollitur ex istis va-

maestros médicos de la universidad de París, relacionaron la «pestilencia» únicamente con un cambio sustancial (= corrupción) del aire (28).

4) La etimología que Agramont dio al término *pestilencia* reconocía en la «luz procedente de las estrellas» la causa originaria de toda «pestilencia». Su opinión era compartida por el práctico de Montpellier, quien de modo más genérico afirmaba que «toda corrupción del aire debía reducirse a causas celestes». En mayor o menor medida, las causas celestes, que se abordan con cierta amplitud en la sección siguiente, jugaron su papel en todos los tratados de pestilencia estudiados.

Antes de concluir esta sección quisiera considerar una última cuestión: ¿percibieron los prácticos de la medicina la Peste Negra de 1348 como una «pestilencia» diferente a las anteriormente conocidas por ellos? La respuesta no es fácil. El único médico (entre los autores de los escritos estudiados) que la comparó con alguna otra «pestilencia» fue Gentile da Foligno. En efecto, aludió a «una peste gravísima acontecida en Padua en tiempo de la guerra de los venecianos» de la que había sido testigo directo (29), y a dos conocidos casos históricos: la peste de Atenas, que fue descrita por Tucídides y también mencionada por Galeno (30), y la misteriosa peste de la ciudad de Cranon, a la que aludió Avenzoar. De la consideración conjunta de los cuatro *consilia* atribuidos a Gentile da Foligno, se desprende que su percepción de la peste de 1348 cambió apreciablemente conforme el transcurso del tiempo le permitió calibrar mejor las verdaderas dimensiones de la tragedia. En efecto, en su *Consilium* más temprano y extenso se refirió a ella como «esta peste que de modo muy temible ronda desde hace tiempo, no es aún de tanta malignidad como la peste de la ciudad de Cranon...o la de Tucídides..., pero puede alcanzar el mismo grado [de malignidad]». En cambio, en dos *consilia* ulteriores calificaba ya «esta pestilencia, epidemia o como quiera llamarse», de muy temible, inaudita, desconocida por las autoridades médicas y mucho peor que las dos a las que previamente había aludido (31).

Los restantes médicos que escribieron sobre la Peste Negra de 1348 no la compararon de modo específico con ninguna otra pestilencia anterior, sino que aparentemente se limitaron a considerarla como una más (por más que

(28) Cf. las notas 21 y 25.

(29) GENTILE, *Consilium*, signats. b₅r, c₃v. Se refiere, probablemente, a la guerra de Venecia con Génova entre 1331 y 1333.

(30) GALENUS, *De differentiis febrium*, lib. I, cap. IV (*Opera*, 1490, vol. II, signat. g₈v).

(31) GENTILE, *Consilium*, signat. a₁r: «... hanc pestem que diu pullulare videtur multum ve-

muy grave) entre las ya conocidas y descritas por las autoridades. La peculiar gravedad y general difusión de esta «pestilencia» hizo que la mayoría de los médicos aquí estudiados atribuyeran su origen al aire, en contraste con otras pestilencias de efectos más limitados, que se generaban en determinadas aguas o tierras. No es difícil entender el porqué si se tiene en cuenta que, de acuerdo a la doctrina médica dominante entonces —el galenismo latino—, el aire-ambiente constituía la primera y más importante de las «seis cosas non naturales» (*sex res non naturales*). Su primacía se debía, entre otras razones, a las siguientes: i) era el continente que englobaba el mundo sublunar; ii) era considerado como algo estrictamente necesario para la vida de todas las criaturas de la tierra, y particularmente de los humanos —de acuerdo al vitalismo galénico; iii) se desplazaba con rapidez de un lugar a otro mediante los vientos; y iv) influía directamente en el agua y la tierra (32). Obviamente, cualquier cambio en el aire acarrearía severas consecuencias. De hecho, los maestros médicos parisinos afirmaban que «el aire malo es más nocivo que los [malos] alimentos y bebidas, porque llega rápidamente con su malicia hasta el corazón y el pulmón» (33). Por su parte, Agramont aseguraba que esta *pestilencia* afectaba a todos los seres de los *tres graus de vida*: los árboles y plantas, las bestias, y los humanos. El proceso en cadena por el cual (dejan-

poribus malis secum mixtis, velut aqua cum qua remollitur frumentum vel linum». La primera analogía procede del *Canon* de Avicena (lib. 1, fen 2, doct. 2, cap. 9).

renda, licet adhuc non sit tante malitiæ quante pestis civitatis Craton ... vel quam The-lurides ..., quod tamen posset non est dubium ad istum gradum perducere». Idem, 'Con-silium in epidimía Perusii', *Consilia* [Pavia, Antonio da Carchano, 1488], signat. g,v: «... nulla videtur precessisse temporibus memorabilibus pestilentia quam mirabilis sicut pestilentia que nunc est ... famosa enim pestilentia civitatis Craton vel quam scripsit Tolurides vel Galienus vel Zoar non videtur comparabilis in malitia ...»; SUDHOFF, K. (1910-1925), *op. cit.* en nota 3, 5 (1911-1912), 332: «... dicimus quod hæc pestilentia sive epidimía sive quo nomine nominetur est multum verenda nec audita nec visa in libris, ita quod pestilentia quam narrat Zoar in Thesir non fuit tantæ malitiæ, ...».

(32) En una de sus *dubia* Gentile da Foligno afirmó que de acuerdo a los Pseudo-Aristotélicos *Problemata* y al *Canon* de Avicena, ninguno de los cuatro elementos primarios (aire, tierra, agua, fuego) se pudre como cuerpo simple. Sin embargo, todos ellos excepto el fuego se pudrirán cuando se mezclen. GENTILE, *Consilium*, signat. c₁r.

(33) MAESTROS DE PARÍS, *Compendium*, p. 80: «Quamvis pestilentiales egritudines a corruptione aque et ciborum, sicut accidit tempore famis et sterilitatis, ab aeris tamen corruptione egritudines hujusmodi procedentes periculosiores esse censemus; aer enim malus nocibilior est cibus et potibus, eo quod velociter penetret ad cor et pulmonem cum sui malitiâ; credimus autem presentem epidimiam sive pestem ab aere corrupto in sui substantia, et non solum in qualitatibus alterato, immediate provenire».

do de lado el efecto directo del aire pestilencial sobre todas las criaturas) se afectaban estos tres niveles de la *scala naturae* era, según él, el siguiente: en primer lugar, los trigos y las frutas que crecían en tierras donde la *pestilència* estuviera o hubiera estado presente, contenían cierta *gran infecció* que provocaba *corrupcions* en el primer grado de vida; en segundo lugar, esta *gran infecció* actuaba como un veneno (*veri*) para todas las bestias que ingerían estos productos, por lo que también sobrevenían *corrupcions* al segundo grado de vida; y en tercer lugar, las criaturas de los dos primeros grados habitualmente nutrían a los humanos, por lo que en circunstancias normales tenían la *proprietat d'aprofitar al nostre cors*, mientras que en tiempo de *pestilència* han *proprietat d'enverinar e de matar* (34). En suma, la «pestilencia» afectaba a la cadena alimentaria básica y a la fuente de mantenimiento de la energía humana.

3. LAS CAUSAS DE LA PESTE NEGRA

Para el médico universitario; como para cualquiera que hubiera cursado estudios de artes en una universidad europea del siglo XIV, un efecto natural de carácter universal había de atribuirse invariablemente a causas universales. A esta conclusión llevaban indefectiblemente las concepciones cosmológicas al uso; concepciones, que habían tenido su punto de partida en la obra de Aristóteles y Ptolomeo, se vieron fortalecidas durante la baja Antigüedad y la Edad Media por las aportaciones de diversas autoridades griegas, árabes y latinas, y aún dominarían el panorama intelectual europeo a finales del siglo XVI (35). Por ello, la mayoría de los médicos que escribieron acerca de la Peste Negra de 1348 se sintieron compelidos a establecer una cadena causal que iba desde la causa universal y primera hasta los efectos particulares de la pestilencia.

Hablando estrictamente en términos de la cosmovisión cristiana medieval, la causa primera de la pestilencia —y de todas las demás cosas— era Dios que la permitía. Ahora bien, los filósofos de la naturaleza cristianos desarrollaron la idea de un orden natural que, pese a estar presidido por Dios (la causa primera), era autónomo y, salvo en casos excepcionales (los milagros), se regía por leyes naturales (causas segundas), cuyo conocimiento era

(34) AGRAMONT, *Regiment*, pp. 52-3.

(35) GRANT, E. (1987). Medieval and Renaissance scholastic conceptions of the influence of the celestial region on the terrestrial, *Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 17, 1-23.

accesible a la razón humana. Este proceso, que tuvo lugar a lo largo de la Baja Edad Media, se produjo sobre todo merced a la filosofía escolástica del siglo XIII y a las corrientes renovadoras del pensamiento (nominalismo y voluntarismo) del siglo XIV.

En consecuencia, aunque siempre sujeta a un orden sobrenatural, la pestilencia era al mismo tiempo parte de un orden natural autónomo regido por causas naturales a dos niveles diferentes: el de las causas remotas, universales, superiores y celestes, y el de las causas próximas, particulares, inferiores y terrestres. Este segundo nivel era absolutamente dependiente del primero. A su vez, el papel que las causas celestes desempeñaban en la peste constituyó una controvertida cuestión que algunos médicos universitarios del siglo XIV optaron por ignorar, argumentando que su conocimiento era asunto de los astrólogos, y que la astrología de poco servía a los fines del arte médico.

Pese a ser un tanto esquemático y, como veremos, no ajustarse del todo a las ideas que sobre las causas de la peste tuvieron los prácticos universitarios del siglo XIV, este modelo causal resulta, con todo, una guía útil. Quienes más de cerca lo siguieron fueron los maestros de la facultad de medicina de París y el anónimo práctico montepesulano, por más que cada cual pusiera énfasis en distintos puntos. La posición de Gentile da Foligno ilustra muy bien, en cambio, hasta qué punto determinados sectores de la medicina académica fueron parcos en la discusión acerca de las causas universales. El caso de Jacme d'Agramont es un tanto peculiar. En efecto, ya se ha dicho que escribió su *Regiment* con el fin de ilustrar a sus conciudadanos acerca del modo de hacer frente a la amenaza de una pestilencia que se cernía sobre Lleida. Ello le obligó a hablar de la *pestilència* de modo genérico y a inventariar, en consecuencia, las causas que podían provocar las diferentes variedades de ésta. En su opinión, éstas podían deberse a cambios del aire tanto cualitativos como substanciales, sin que hiciera distinción alguna entre sus causas celestes y terrestres. Por ello nos es imposible conocer la interpretación causal que Agramont habría hecho de la pestilencia que poco después acabó con su vida. No obstante, la flexibilidad con que presentó las diferentes posibilidades causales hace pensar que bien podía participar en esta cuestión, de una actitud intelectual similar a Gentile da Foligno.

En cuanto a las posiciones de Giovanni della Penna y Alfonso de Córdoba, ninguno de los dos siguió el esquema causal señalado, aunque en cada caso por diferentes razones. En efecto, para Della Penna, la pestilencia radicaba en la adustión y corrupción de la materia colérica en determinados in-

dividuos, y no en la materia venenosa generada junto al corazón y pulmón como resultado del aire pestilencial, tal como Gentile propugnaba. Incidentalmente, Della Penna aceptaba el papel del aire en esta corrupción, e incluso el influjo de «ciertas conjunciones» sobre este aire, pero consideraba que sólo la constitución de cada individuo determinaba que contrajera o no la peste (36). Por su parte, Alfonso de Córdoba aceptaba la existencia de causas universales sólo en dos de las tres pestilencias diferentes que, según él, habían tenido lugar a partir de 1348. En efecto, las dos primeras se habían debido a causas celestes y terrestres, respectivamente; sin embargo, la tercera, que propiamente constituía el objeto de su escrito, la atribuía al envenenamiento de la comida y bebida por la corrupción deliberada del aire (37).

3.1. *La Peste Negra, ¿un castigo de Dios?*

De los seis escritos objeto de nuestra atención, dos apenas si mencionan la palabra Dios, dos más relegan la causa sobrenatural y primera a un plano muy secundario, y los dos restantes contemplan la intervención divina como una posible causa de «peste universal». Dentro del primer grupo se encuentran los escritos de Giovanni della Penna y Alfonso de Córdoba, de cuya posición en este punto no cabe sino decir que fue consistente con sus respectivas concepciones causales, puesto que ni uno ni otro aceptaron la existencia de causas universales en esta peste.

Al segundo grupo pertenecen Gentile da Foligno y el anónimo práctico de Montpellier, quienes tan sólo citan a Dios en las invocaciones iniciales y/o finales de sus escritos. Así, al comienzo de su *Tractatus*, el práctico montepesulano adujo que se sentía obligado, como cualquier otro que hubiera recibido la gracia divina de conocer la causa de esta epidemia, a contemplarla con diligencia, con el fin de hacer que los «cristianos fieles» dispusieran de un remedio a su alcance para afrontarla (38). El práctico de Montpellier alu-

(36) PENNA, *Consilium*, pp. 342-3, 164-5.

(37) ALFONSO DE CÓRDOBA, *Epistola*, p. 224.

(38) PRACTICUS, *Tractatus*, p. 71: «Cum enim quilibet secundum gratiam a Deo sibi datam ut cognoscat causam istius epidemiae, debet contemplari diligenter, uti curam christianis fidelibus valeat adhibere, super quod quidam practicus de Montepessulo suam intentionem, brevius quam potuit, declaravit, ...».

dió a Dios en dos ocasiones más, al final de su escrito, cuando al razonar y pronosticar el influjo maléfico de determinados planetas en la aparición de epidemias, guerras y mortandades, píamente reconoció la posibilidad de que la voluntad divina no consintiera estos males y truncara el curso natural de los acontecimientos (39). Aún más parco en sus alusiones a la divinidad fue Gentile da Foligno, quien, aparte de invocar a Dios en tres ocasiones en demanda de protección frente a la peste (40), tan sólo aludió a l de forma significativa al inicio de su principal *Consilium*, cuando en forma silogística proclamó los principios teológicos generales que guiaban la actividad de los médicos cristianos (41). La parquedad de Gentile en este punto cobra mayor significación si consideramos que en 1480, más de cien años después de su fallecimiento, fue acusado por un obispo de Foligno de haber tenido en cuenta sólo la salud de los cuerpos y la preservación de las vidas, pero no la salud de las almas (42).

El tercer grupo está representado por los escritos de los maestros de París y de Jacme d'Agramont. Una y otra obra consideraron factible que la pestilencia, en ocasiones, procediera directamente de la voluntad divina. Cuando así fuera, decían los maestros parisinos, «no hay otro consejo que rezarle humildemente, aunque ni siquiera en este caso debe desestimarse del todo el consejo del médico» (43). Por su parte, Jacme d'Agramont pensaba que la mano de Dios estaba detrás de algunas «pestilencias generales». Cuando así sucediera, la pestilencia debía atribuirse tanto a la *obra de Déu* como a los *mèrits nostres*, es decir, a *nostres pecats*. Todos los ejemplos citados por Agramont son lugares comunes tomados del Antiguo Testamento, concretamente del Pentateuco y del Libro de los Reyes (44).

(39) El «práctico de Montpellier» empleó las expresiones *nisi Altissimus noluerit* y *nisi Deus noluerit et Christus*. Cf. *ibidem*, p. 81.

(40) *Ibidem*, signats. b_{4v}, b_{7r}, c_{4v}.

(41) GENTILE, *Consilium*, signat. a_{1r}: «Quoniam gloriosus et excelsus Deus de largitate sua Medicinam produxit, et medicum velut nature refugium creavit, decet eum nil negligentie habere in noscendo sanitatis ingenium, ut Galienus primo de ingenio sanitatis. Immo est de melioribus rebus, ut medicus utatur previsionem».

(42) ANTONIUS DE SENIS, *De divina praeordinatione vitae et mortis humanae* (Rome, Eucharis Silber, b. 20 august 1480), cap. XIX. Citado textualmente por LUGANO, P. (1908), *op. cit.* en nota 5, pp. 203-4.

(43) MAESTROS DE PARÍS, *Compendium*, p. 92: «Amplius premittere nolumus, quod quando epidimia a voluntate divina procedit, in quo casu non est aliud consilium nisi quod ad ipsum humiliter recurratur, consilium tamen medici non deserendo».

(44) AGRAMONT, *Regiment*, pp. 55, 57-8.

3.2. *Causas naturales*

Casi todos los médicos aquí estudiados, al referirse a las causas naturales de la «peste», distinguieron las causas remotas, universales, superiores y celestes, de las causas próximas, particulares, inferiores y terrestres. Como en tantos otros aspectos del saber médico bajomedieval latino, sus ideas sobre la causalidad natural estaban muy influidas por Avicena. Este, a propósito de las «fiebres pestilenciales», distinguió dos grupos de causas: la «causa remota y primera», que consistía en las «formas del cielo» o «figuras celestes», y las «causas próximas» que eran las «disposiciones terrestres». En determinadas circunstancias, afirmaba Avicena, cuando la actuación sinérgica de ambos grupos de causas mediante sus correspondientes «virtudes agentes celestes» y «virtudes pacientes terrestres», provocaba una humectación vehemente del aire,

«se elevan y se difunden por él vapores y humos, que mediante una débil calidez provocan su putrefacción. Cuando el aire sufre esta putrefacción, al llegar al corazón corrompe la complexión del espíritu que radica en él y tras rodearlo lo pudre. Una calidez preternatural se extiende entonces por todo el cuerpo, como resultado de la cual aparecerá una fiebre pestilencial, que se transmite a cualquier humano predispuesto a ella» (45).

Causas celestes

El énfasis que los diferentes médicos aquí estudiados pusieron en el papel de las causas celestes de la «peste» varió de modo bastante consi-

(45) AVICENA, *Canon medicinae*, 2 vols. (Venecia, 1608), lib. IV, fen I, tract. IV, cap. I: «Pestilentialia vero fiunt ex aere turbido, et humido, et febres in aere humido sunt pluris eventus, sed sunt minoris acuitatis, et longioris spatii. In aestate vero sicca, paucae pluviae, sunt minoris eventus, et maioris acuitatis, et velocioris separationis, et meliora tempora sunt quae servant naturam suam, et principium omnium horum sunt formae coeli facientes esse necessarium illud, cuius adventus ignoratur, licet sint quidam, qui dixerunt in eo aliquid non proportionatum ad causam eius, immo oportet ut scias quod causa prima longinqua ad illud sunt figurae caelestes, et propinquae dispositiones terrestres. Et quando faciunt necessario virtutes agentes celestes, et virtutes patientes terrestres, humectationem vehementem aeri, expelluntur vapores, et fumi ad ipsum, et sparguntur in ipso, et putrefaciunt eum cum caliditate debili, et quando fit aer secundum hunc modum, venit ad cor, quare corrumpit complexionem spiritus, qui est in ipso, et putrefit quando circumdat ipsum de humiditate, et accidit caliditas egressa a natura, et spargitur in corpore tunc per causam suam, et erit febris pestilentialis, et communicat multitudini hominum, qui iterum habent in se ipsis proprietatem preparationis ...» (vol. II, p. 67).

derable. Ello era el resultado natural del variable interés que las élites intelectuales europeas tuvieron por la astrología en función de su profesión y del lugar donde habían cursado sus estudios (46). Comparemos, por ejemplo, las opiniones discrepantes que sobre el papel de las causas astrales sostenían Agostino da Trento y Gentile da Foligno, ambos profesores del *studium* de Perugia, aunque en diferentes facultades. En 1340 Agostino da Trento, un fraile eremita de san Agustín, argumentaba que había escrito una obra médica y astrológica sobre la «pestilencia de enfermedades» que entonces acontecía en Italia, porque los médicos de toda Italia ignoraban las raíces de las enfermedades. Este «pestífero error», añadía, «afecta a muchos médicos por su ignorancia de la astronomía» (47). Sin duda, Agostino da Trento habría tachado de más bien tibia, la posición de Gentile sobre las causas celestes de la «pestilencia». De hecho, en su principal *Consilium* Gentile hizo alusiones escasas, breves e inespecíficas a este grupo de causas. Por una parte, siguió el esquema avicénico ya citado, al que añadió que Avicena sólo a veces (*aliquando*) atribuyó la «pestilencia» a la acción de «cuerpos celestes que impulsan a agentes inferiores a causarla» (48). Por otra parte, Gentile mantuvo aparentemente cierta distancia respecto al papel preciso de estas causas remotas: se refirió a ellas en tercera persona, tras la cláusula introductoria *Astrologi dixerunt*, que introducía una cita literal de Pietro d'Abano atribuyendo a los eclipses de luminarias y las conjunciones planetarias la causa de «malas constituciones de las estaciones del año, mediante mutaciones en la esencia y naturaleza de las mismas» (49).

-
- (46) La astrología médica en la Europa bajomedieval es, en mi opinión, un tema descuidado por los historiadores. En una reciente colección de trabajos sobre la historia de la astrología medieval y renacentista en Europa, cuyo editor Patrick Curry subraya la escasez de estudios históricos sobre este tema, apenas se dedican cuatro páginas a la astrología médica. Cf. CURRY, P. (ed.) (1987). *Astrology, Science, and Society. Historical Essays* (Woodbridge, 1987). Para estudios clásicos sobre la historia de la astrología, cf. la literatura citada en este libro.
- (47) THORNDIKE, L. (1930). A pest tractate before the black death, *Sudhoff Archiv*, 23, 346-56: «Determinavi infrascripta in universitate studii Perusii propter ignorantiam infirmitatis. Nam in ista pestilentia infirmitatum medici Florentie Perusii Rome atque in ceteris regionibus Ytalie tribuebant unam medicinam omnibus humoribus, ut scriptum fuit mihi, ignorantes radices infirmitatum. Et accidit error iste pestiferus multis medicis propter ignorantiam astronomie» (p. 349).
- (48) GENTILE, *Consilium*, signat. a_{1v}: «Vult ergo Avicenna quod pestilentia aliquando tanquam a causa universali remota accidit ex corporibus celestibus moventibus particularia inferiora agentia ad illam causandam».
- (49) *Ibidem*, signat. a_{1v}-a_{2r}: «Astrologi autem dixerunt hoc maxime accidere ex luminariis

En los trabajos provenientes de otras áreas geográficas las causas celestes tuvieron un papel más relevante en la génesis de la «pestitencia». La mayoría de ellos las identificaron con conjunciones planetarias malélicas. El *Compendium* de los maestros médicos de la universidad de París —y, junto a él, el *Tractatus* del anónimo práctico de Montpellier, que en este punto es totalmente independiente del anterior (50)— permite ilustrar esta concepción quizás mejor que ningún otro escrito contemporáneo. Para los profesores parisinos la conjunción de tres planetas mayores (Saturno, Marte y Júpiter) en el signo de Acuario, el día 20 de marzo de 1345 a la una del mediodía constituyó, «junto a otras conjunciones y eclipses», el origen remoto de una «corrupción mortífera del aire circundante», que trajo «mortalidad y hambre» (51). Los maestros parisinos basaban su argumentación en la autoridad de la obra *De causis proprietatum elementorum* —entonces atribuída a Aristóteles, aunque en realidad se trate de un escrito pseudo-aristotélico— y de su comentario por Alberto Magno. De acuerdo a este escrito, la conjunción de Saturno y Júpiter originaba «grandes mortalidades y despoblamientos de los reinos» (52). El comentario de Alberto Magno añadía que la conjunción de Marte y Júpiter provocaba «una gran pestilencia en el aire, sobre todo si tiene lugar en un signo cálido y húmedo, como actualmente ocurre». Ello era consecuencia del efecto combinado de las acciones de ambos planetas, puesto que «Júpiter, planeta cálido y húmedo, elevó vapores malos de la tie-

eclipsibus, aut coniunctione planetarum, et maxime saturni et martis cum stellis fixis aut cum adunatione ipsorum in aliquo signo humanorum, et proprie cum prevaluerint in domo vite in aliqua coniunctione maiorum vel aspectu vel revolutione anni mundani inducentibus pravas constitutiones ipsorum per mutationes essentis et naturis. Hec dixit Conciliator doctrina xciiii». Gentile hizo más menciones de las causas celestes en las *dubia* con las que concluía su *consilium* (cf. signats. c_{2v}, c_{3r}, c_{4r}), aunque su tono no difería del de los párrafos comentados.

(50) PRACTICUS, *Tractatus*, pp. 71-2.

(51) MAESTROS DE PARÍS, *Compendium*, p. 76: «Dicamus igitur quod remota causa et prima istius pestilentie fuit et est aliqua constellatio celestis. Anno namque domini MCCCXLV fuit maxima conjunctio trium planetarum superiorum [Martis, Saturni, et Jovis], scilicet XX die mensis martii, in aquario, prima hora post meridiem; que quidem conjunctio, cum aliquibus conjunctionibus et eclipsibus prioris corruptionis pernecabilis ipsius aeris nos circumdantis causa existens, mortalitatem et famem nec non et alia multa signat, de quibus, quia ad nostrum non spectat propositum, nunc taceamus».

(52) *Ibidem*, p. 76. Para el texto del pseudo-aristotélico *De causis proprietatum elementorum*, cf. la edición crítica preparada por HOSSFELD, P. (1980). *De causis proprietatum elementorum*, en KUBEL, W. (ed.), *Alberti Magni Opera Omnia*, Münster, Aschendorff, vol. V, pars II, p. 63.

rra y del agua, mientras Marte, planeta intemperadamente cálido y seco, inflamó los vapores elevados, originando con ello la multiplicación en el aire, de relámpagos, chispas, vapores pestíferos y fuegos» (53). Los profesores parisinos concluían su disertación astrológica subrayando que la peculiar situación del «malvado Marte» en los últimos meses del año 1347 y primeros de 1348 no había hecho sino agravar más aún sus siempre temibles efectos (54).

Por su parte, Alfonso de Córdoba, al referirse a la única de las tres «pestilencias» —la primera— que relacionó con causas celestes, aludió a una inespecífica «constelación de planetas infortunados», aunque antepuso a su efecto el de un eclipse lunar que, según él, había tenido lugar en el signo de Leo poco antes del supuesto inicio de la «pestilencia» (55).

Jacme d'Agramont, finalmente, sólo contemplaba las causas astrales en su discusión sobre la «pestilencia universal», donde asignaba a éstas la misma importancia que a las demás causas posibles. Sus referencias se limitaron siempre a las influencias planetarias. Ahora bien, en las «pestilencias» debidas a un cambio cualitativo del aire, determinados planetas inespecíficos provocaban estos cambios cualitativos (calor, frío) en función de los cambios estacionales, de la distancia —variable— entre estos planetas y el sol, o de ambos; en las «pestilencias» relacionadas con un cambio substancial del aire, Agramont aludía a las conjunciones planetarias y a la temible

(53) MAESTROS DE PARÍS, *Compendium*, p. 78. Para el texto de este escrito de Alberto Magno (*De causis proprietatum elementorum*, lib. 2, tract. 2, cap. 1), cf. HOSSFELD, P. (ed.) (1980), *op. cit.* en nota 52, p. 96.

(54) MAESTROS DE PARÍS, *Compendium*, pp. 78, 80: «... presertim quia Mars, planeta malivulus, coleram generans atque guerras, a sexta die octobris, anni XLVII, usque in finem Maii anni presentis, fuit in Leone una cum capite Draconis; que omnia, quia sunt calida, multos vapores attraxerunt, et ob hoc hyemps non fuit frigida, ut deberet. Mars etiam, quia fuit retrogradus, plures a terra et aqua vapores atraxit qui aeri commixti ipsius substantiam corrumpunt: et etiam quia Jovem aspexit, aspectu malo, scilicet 4.º, ideo dispositionem seu qualitatem malam in ipso anime nostre inimicam et repugnantem causaverunt. Exinde generati sunt venti validi, quia, secundum Albertum, libro quarto meteorum, Jupiter habet a proprietate sua elevare materiam ventorum fortium qui, ut plurimum meridionales existentes, caliditatem et humiditatem superfluas in istis inferioribus induxerunt. Humiditas tamen in nostra regione caliditatem superavit».

(55) ALFONSO DE CÓRDOBA, *Epistola*, p. 224: «Quae pestilentia prima fuit naturalis et causa illius pestilentiae fuit eclipsis lunaris immediate antecedens in leonis signo cum forti commixtione planetarum infortunarum».

«mirada» (*esguardament*) de algunos de ellos. En relación a este último grupo de «pestilencias», Agramont —que citó textualmente el mismo pasaje de Alberto Magno que los maestros parisinos— afirmaba que el origen de esta influencia celeste era una «propiedad oculta (*proprietat amagada*) sin nombre propio» derivada de una *vertut specificca* (56).

Causas terrestres

Ninguno de los escritos estudiados se ajusta más al esquema causal arriba señalado que el de los maestros parisinos. De un modo muy mecánico, éstos señalaron que, con motivo de las conjunciones planetarias referidas por ellos, se elevaron desde la tierra y el agua «muchos vapores corruptos» (*multi vapores corrupti*), que se repartieron y multiplicaron en el aire, corrompiéndolo en su substancia con la ayuda del soplo frecuente de vientos australes. Los maestros parisinos advertían acerca del carácter nocivo de esta variedad de vientos que,

«con su ímpetu transportan o han transportado hasta nosotros vapores malos, pútridos y venenosos de otros lugares, como por ejemplo, pantanos, lagos, valles profundos y cadáveres no enterrados ni quemados» (57).

En contraste con los maestros de París, Gentile da Foligno, tras referirse a las causas universales en los términos ya señalados, inventarió las causas terrestres de la «pestilencia» del modo siguiente:

«Las causas particulares y manifiestas son las corrupciones sensibles presentes en un determinado lugar o transportadas desde lugares lejanos por vientos (sobre todo los australes), tal como ocurre por la apertura de pozos y cavernas cerrados durante largo tiempo; por la falta de ventilación y la constricción del aire entre paredes o techos; por las lagunas y los estanques (como ya señaló Galeno); o por el estiércol de los animales, los cadáveres y otras putrefacciones malolientes, etc...» (58).

(56) AGRAMONT, *Regiment*, pp. 59-60.

(57) MAESTROS DE PARÍS, *Compendium*, p. 82: «Insuper, isui venti meridionales in tantum apud nos multiplicati, potuerunt vel possent forsitan in futurum suo impetu vapores malos, putridos et venenosos aliunde ad nos transducere vel transduxisse; ut puta a palludibus, lacubus, profundis vallibus, nec non et mortuis corporibus non sepultis nec combustis, quod necabilius est vel erit, et sic causa epidimie fore posset.»

(58) GENTILE, *Consilium*, signat. a₂r: «Cause autem particulares et manifeste sunt corrup-

Obviamente, ambos pasajes siguen la autoridad de Avicena, pese a que ninguno de ellos mencione al médico y filósofo natural árabe (59). Sin embargo, mientras los parisinos relacionaron de modo simple y directo una causa particular y próxima con la universal y remota, Gentile se limitó a señalar toda la gama de posibles causas manifiestas que, de acuerdo con el saber académico de la época, podían provocar la «pestilencia».

Aparentemente, Agramont estuvo en la misma línea de pensamiento de Gentile, puesto que se hizo eco de similares causas terrestres (vientos, putrefacción de cadáveres, aguas putrefactas y entrañas de la tierra). Ciertos vientos podían ocasionar cualquiera de las dos variedades de pestilencia general por él contempladas. Así, por una parte, la *tramontana* y el *migjorn* podían, en función de la intensidad y la estación del año en la que soplaran, alterar las cualidades complexionales del aire hasta el punto de acarrear una «pestilencia» (60). Por otra parte, vientos cálidos y húmedos podían comportar una pestilencia por cambio substancial del aire, pues estos vientos «crecen y producen gran humedad en el aire, que es la madre de la putrefacción» (61). El médico catalán hizo igualmente notar que en ocasiones podía aparecer una pestilencia universal cuando tras una batalla o un asedio prolongado se dejaran sin enterrar cadáveres humanos y de caballos en gran número, «porque a la putrefacción de las cosas muertas sigue una gran infección y la corrupción del aire», además de generarse «moscas y tábanos muy venenosos» (62). En opinión de Agramont, también las aguas putrefactas podían causar «pestilencias universales» debidas a cambios substanciales del aire. El médico catalán explicaba que este proceso podía tener lugar cuando tras ha-

tiones sensibles hic in aere de prope existentes, vel adducte ex longinquis partibus a ventibus et maxime australibus, sicut advenit in apertione puteorum et cavernarum diutius inclusarum; aut propter ineventionem et constrictionem aeris inter parietes vel tecta; aut propter lacunas vel stagna, ut posuit Galienus; aut propter stercora animalium, cadavera et alias putrefactiones fetentes et cetera».

(59) AVICENA, *Canon*, lib. IV, fen I, tract. IV, cap. I (vol. II, p. 67). Para la cita textual, cf. la nota 45.

(60) AGRAMONT, *Regiment*, p. 56.

(61) *Ibidem*, p. 60: «E a vegades pot venir aquesta mesexa pestilència per flat de vents en una manera, car vents calts e humits crexen e fan gran humiditat en l'àer. E humiditat és mare de putrefacció».

(62) *Ibidem*, p. 60: «Encara més en altra manera se pot fer, car a vegades per bataylla ho en gran setge moren gran moltitut de gents e de cavalls, los quals no.s sotarren, per quès segueix de la putrefacció dels cossos morts gran infecció e corrompiment en l'àer. Encara dels cossos podrits s'engenren mosques e tavans molt verinosos, ...».

berse producido «putrefacción en el agua, se elevan de ella, por efecto del calor del sol, muchos vapores»; y subrayaba que «estos vapores son mucho más malignos y dañinos que todo el agua junta, porque, al ser más sutiles y penetrantes, se mezclan con el aire, lo corrompen y lo pudren en su substancia» (63). Curiosamente, tratadistas tales como los maestros parisinos se hicieron eco del importante papel causal del agua corrompida en la aparición de «enfermedades pestilenciales» menos malignas y difusas, pero nunca la relacionaron con «pestilencias universales» (64).

Agramont también defendió el origen terrestre de algunas «pestilencias», cuya aparición asociaba con las «exhalaciones de humos» telúricos provocadas por los terremotos. Estos humos ocasionaban un cambio substancial del aire mediante el mismo proceso que las aguas corrompidas (65). Alfonso de Córdoba y los maestros de París también se hicieron eco de la misma idea. Estos últimos atribuyeron el origen de algunas pestilencias a «putrefacciones constreñidas en las entrañas de la tierra» (66).

3.3. *Causas artificiales*

Durante la Peste Negra de 1348 la acusación a algunas minorías —particularmente judíos y leprosos— de ser los verdaderos causantes de

(63) *Ibidem*, p. 62: «Altra rahó per què pot venir aquesta mesexa pestilència és de part de la aygua, car can en l'aigua ha putrefacció per les rahons dessusdites e per la calor del sol se leven de la aygua moltes vapors, les quals són molt pus maliciosos e dampnoses que la aygua en tota sa substància en aytant com són pus sobuils e pus penetrants, les quals vapors se mesclen ab l'àer e corrompen-lo e l podriren en sa substància».

(64) Cf. la nota 33.

(65) AGRAMONT, *Regiment*, p. 61: «Encara pot venir aquesta mesexa pestilència de part de la terra, car dintre, en la terra, se fan moltes evaporacions d'umiditats per la qual cosa naxen e ixen grans fonts e rius d'alts putxs e d'altres montaynnes. Encara s fa dintre la terra exalacions de fums per los quals se fa a vegades terratrèmol, les quals vapors e fumositats mesclades ab l'àer han a corrompre e a espessir e a gitar de sa natura la sua substància».

(66) MAESTROS DE PARÍS, *Compendium*, pp. 82, 84: «et fortasse hujusmodi corruptio potuit vel poterit evenire, una cum causis aliis, propter putrefactiones in interioribus coartatas que quando motum terre inducunt, et de facto nuper induxerunt; et sic nocere faciunt et fecerunt, aerem et aquam putrefaciendo. Quorum omnium constellationes predictae cause universales et remote fuisse poterunt». ALFONSO DE CÓRDOBA, *Epistola*, p. 224: «Quae secunda [etiam, en otro manuscrito] fuit causa terrae motus illius permaximi sicut recolunt multi, ...».

esta calamidad fue frecuente en ciertas partes de Europa, entre ellas Languedoc, Provenza y Cataluña (67). Cada uno a su manera, Jacme d'Agramont y Alfonso de Córdoba se hicieron eco de la tesis de que la peste había sido provocada artificialmente, dando pábulo con ello a la búsqueda de presuntos responsables, por más que ninguno de ellos llegara a identificarlos.

Agramont descartaba la posibilidad de que esta clase de «pestilencia» pudiera identificarse con cualquier «pestilencia universal» debida a un cambio substancial del aire y aceptaba como muy probable que la «pestilencia» que tantas muertes ocasionaba en el Rosellón, Languedoc y Provenza durante los primeros meses de 1348 fuera en realidad un envenenamiento deliberado provocado por «hombres malvados hijos del diablo que con diversos venenos y medicinas corrompen las viandas con falsísimo ingenio y malvada maestría» (68). Poco después de que Agramont concluyera la redacción de su *Regiment* los pogroms antijudíos que hasta entonces tenían lugar en tierras transpirenaicas irrumpirían también en Cataluña (69).

Según Agramont, la baronía de Montpellier era una de las regiones donde en aquellas fechas tenían lugar estos envenenamientos intencionados. La *epistola* de Alfonso de Córdoba, quien era entonces profesor de la facultad de medicina de Montpellier, constituye un valioso testimonio directo de la permeabilidad, si no connivencia, de algunos sectores de la comunidad universitaria montepesulana hacia la acusación de que la «pestilencia» había sido, de hecho, provocada artificialmente por hombres malvados. Como ya hemos visto, Alfonso de Córdoba distinguía tres «pestilencias» sucesivas dentro del año 1348, cada una atribuible a diferentes causas, aunque sólo la más tardía constituyera el objeto de su escrito. Alfonso de Córdoba negaba que ésta hubiera sido causada por «alguna constelación y, en consecuencia, por alguna infección natural de los elementos»; por el contrario, relacionaba

(67) Sobre esta cuestión, cf. GUERCHBERG, S. (1948). La controverse sur les prétendus semeurs de la «Peste Noire» d'après les traités de peste de l'époque, *Revue des Etudes Juives*, 108, 3-40.

(68) AGRAMONT, *Regiment*, p. 58: «Per altra rahó pot venir mortalitat e pesilència en les gents, ço és a saber, per malvats hòmens fiylls del diable qui ab metzines e verins diverses corrompen les viandes ab molt fals engiynn e malvada maestría, ja sie ço que pròpriament parlan, aytal mortalitat de gents no és pestilència de la qual aci parlam, mas he.n volguda fer menció per ço car ara tenim temps en lo qual s'a[n] seguides moltes morts en alcunes regions prop d'ací axí como en Cobliure, en Carcassès, en Narbonès e en la baronia de Montpesler e a Avinyó e en tota Proença».

(69) LÓPEZ DE MENESES, A. (1959). Una consecuencia de la Peste Negra en Cataluña: el pogrom de 1348, *Sefarad*, 19, 92-131, 321-64.

su origen con un artificio que calificaba «de maldad profunda, descubierto mediante un arte muy sutil y de gran crueldad». Añadía que contra este artificio, del que habían sido víctimas sobre todo los cristianos, de nada servía el consejo de los «médicos sabios». Alfonso se refería a una infección artificial y deliberada del aire, que había pasado de éste a las aguas, especialmente a las estancadas, y de ellas a los alimentos, bebidas y, en general, a todas las cosas vivificantes (*rerum vitalium*) (70). Más adelante, a propósito de la utilidad de unas «píldoras pestilenciales», Alfonso de Córdoba explicaba el modo de producirla y de infectar cualquier lugar con ella:

«...el aire puede infectarse mediante artificio, como cuando se prepara una confección en un ánfora de vidrio. Cuando esta confección esté bien fermentada, cualquiera que desee producir este mal (*illum malum*), espere a que haya un viento fuerte y variable proveniente de alguna región del mundo. Camine entonces contra ese viento y ponga su ánfora cerca de un lugar pedregoso opuesto a la ciudad o villa que quiera infectar. Retrocediendo contra el viento para evitar ser infectado por el vapor, con el cuello del ánfora cubierto, arroje el ánfora con fuerza sobre las piedras. Una vez rota el ánfora, el vapor se difundirá y dispersará por el aire. A quienquiera que el vapor toque, morirá tan pronto como sea alcanzado por el aire pestilencial» (71).

(70) ALFONSO DE CÓRDOBA, *Epistola*, p. 224: «Et est alia causa quam naturalis et propter hoc et propter compassionem fidelium, quae praecipue patiuntur, descripsi istam epistolam et regimen cum medicinis ne pii et boni tot periculis subiciantur et sciant sibi praecavere de tantis periculis et malis imminentibus praecipue christianis in ista pestilentia. Ante omnia praecavendum est ab omni cibo et potu quae infici possunt et intoxicari ab aquis praecipue non fluentibus, quia ista potissime possunt infici. Experientia docuit quod ista pestilentia non vadit ex constellatione aliqua et per consequens nullam naturalem infectionem elementorum, sed vadit ex profundo malitiae per artificium subtilissimum profundae iniquitatis inventae, quare consilium sapientium medicorum non proficit nec juvat illos detentos isto pessimo crudeli et pernicioso morbo ...» La idea de una infección primaria del aire no se encuentra presente aquí, pero puede inferirse fácilmente de ulteriores párrafos del mismo escrito (*cf.* la nota siguiente).

(71) *Ibidem*, pp. 224-5: «... ac potest et infici per artificium, ut quando praeparetur quaedam confectio in amphora de vitriaco et quando fuerit illa confectio bene fermentata, ille qui illud malum velit facere, exspectat quando fuerit ventus fortis et lentus ab aliqua mundi plaga, tunc vadat contra ventum et locat amphoram suam iuxta lapides contra civitatem vel villam quam velit inficere et zona longa alligata recedendo contra ventum ne eum inficeret vapor, trahat fortiter amphoram super lapides et amphora fracta se vapor effunditur et dispargitur in aere et quemcunque tetigerit ille vapor, ille morietur tanquam de aere pestilencico et citius».

Así pues, Alfonso de Córdoba estaba convencido de que era posible provocar artificialmente la «pestilencia» en cualquier momento y lugar. El procedimiento por él descrito consistía en una difusión controlada de vapores pestilenciales que habían sido producidos de modo artificial mediante un proceso de fermentación.

La fermentación —tanto el proceso como la idea— constituía un lugar común en el Occidente medieval. La observación de hechos bien conocidos empíricamente, alrededor de los cuales se habían desarrollado diversas tecnologías (algunas tan antiguas como las de fabricación de vino, vinagre y queso), había suministrado desde tiempos inmemoriales la base empírica de la fermentación. La idea de ésta procedía del mundo antiguo y se había difundido en la Europa medieval, al menos, a través de dos vías. Por una parte, la idea del «fermento» metalúrgico pasó de la literatura antigua a la alquimia árabe, y a comienzos del siglo XIV, al *corpus* alquímico latino. Por otra parte, Aristóteles tenía sin duda en mente un proceso fermentativo cuando, al explicar la formación del feto, establecía la analogía entre el papel formativo del semen sobre la base material de la sangre menstrual, y el efecto que producía el cuajo al actuar sobre la leche. Muy afin a esta idea aristotélica es la subyacente en la afirmación de Alberto Magno de que «los huevos crecen en los embriones porque su humedad es como la humedad de la levadura» (72). Por su parte, Avicena, que aplicó la idea de «fermentación» a la farmacología, subrayaba que cada medicamento compuesto contiene no sólo la suma de propiedades (*virtutes*) de los simples que lo constituyen, sino también otras propiedades únicas y específicas que derivan de su «forma específica» y que aparecen como resultado de una «fermentación». Esta «forma específica» de un compuesto sólo podía conocerse a través de la experiencia. Avicena pensaba asimismo que la *virtus* de cualquier producto fermentado se duplicaba, lo que implicaba la duplicación también en la intensidad del efecto esperado (73).

(72) NEEDHAM, J. et al. (1980). *Science and Civilisation in China. Vol. V: Chemistry and Chemical Technology. Part V: Spagyric Discovery and Invention: Apparatus, Theories and Gifts*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, pp. 366-7.

(73) AVICENA, *Canon medicinae*, lib. V, Tractatus scientialis, De qualitate compositionis (vol. II, p. 265); Idem, *De viribus cordis*, tract. II, cap. IV (De differentibus laetificandi et confortandi repetitis in medicinis) (en *Canon*, vol. II, p. 350). También cf. McVAUGH, M. R. (1975). *Arnaldi de Villanova Opera Medica Omnia. Vol. II: Aphorismi de gradibus*, Granada-Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 18-9; RIDDLE, J. M.; MULHOLLAND, J. A. (1980). Albert on stones and minerals, en WEISHEIPL, J. A. (ed.), *Albertus Magnus and the Sciences. Commemorative Essays 1980*, Toronto, Institute of Pontifical Studies, pp. 203-34: 206, 208.

Alfonso de Córdoba probablemente tomó esta importante idea de Avicenna, con cuya doctrina farmacológica debía de estar bien familiarizado por su doble condición de médico universitario y de profesor de una facultad de medicina. Ciertamente, las huellas del pensamiento avicénico en la discusión de este problema por Alfonso de Córdoba son inequívocas. Ahora bien, ello no merma el carácter altamente significativo de esta discusión en la Europa del siglo XIV. En efecto, Alfonso parece, por una parte, haber sido el único médico que en aquellas fechas trató tal cuestión en un tratado de peste; por otra parte, sus observaciones se refirieron al envenenamiento deliberado, no ya de alimentos o bebidas —perfectamente factible y, de hecho, frecuente entonces—, sino del elemento aire a gran escala y con el propósito de provocar una «pestilencia». Para sus contemporáneos ello significaba: 1) una importante reafirmación del dominio humano sobre la naturaleza, puesto que Alfonso de Córdoba afirmaba que las condiciones naturales que causaban una «pestilencia» podían reproducirse mediante artificio humano; 2) la legitimación del papel de la filosofía natural como instrumento útil para el logro de este dominio sobre la naturaleza (ello podría explicar por qué los monarcas y otros gobernantes se sentían tan interesados por la alquimia, la filosofía natural y otras formas de conocimiento —saberes todos ellos que podían emplearse como instrumentos para mantener o incrementar el poder político; y 3) la posibilidad de utilizar el conocimiento médico y filosófico-natural en una doble dirección (bien-mal): para lograr la salud y el bien público, o para sembrar la destrucción y la muerte. El escrito de Alfonso de Córdoba podría suministrar, además, una base interpretativa de carácter racional para la acusación de que los judíos habían provocado la «pestilencia». En efecto, por una parte, menciona a los cristianos como las principales víctimas del artificio causante de esta «pestilencia»; por otra, al calificar este artificio, hace uso de un tono agresivo, con inclusión de expresiones como «maldad profunda» y «un arte muy sutil y de gran crueldad», que coinciden con modos culturalmente significativos de mencionar a los judíos entre los cristianos del siglo XIV (74).

3.4. *La causa inmediata y la difusión de la peste*

Los estudios históricos han tendido con frecuencia a presentar las ideas acerca de la difusión de la peste presentes en las comunidades europeas de

(74) ARRIZABALAGA, J.; GARCÍA BALLESTER, L.; CIFUENTES, LL. (en preparación). *Pestis manufacta*: Cómo fabricar la peste mediante artificio humano.

finales de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna, en términos de dos posiciones contrapuestas. Conceptualizadas como «aerismo» y «contagionismo», dichas posiciones se ascribirían a dos bandos más o menos delimitables, el de los «aeristas», que situaban la extensión de la peste en el elemento aire, y el de los «contagionistas», que atribuían ésta al contagio interpersonal. Los primeros contarían entre sus adeptos a la inmensa mayoría de los médicos universitarios, mientras las filas de los segundos se nutrirían fundamentalmente de la población no médica y de los responsables políticos de las citadas comunidades. De acuerdo a la misma concepción historiográfica, las nuevas medidas de salud pública entonces desarrolladas en Europa habrían sido promovidas por los consejos sanitarios de dichas comunidades. Estos desarrollaron de modo empírico medios crecientemente sofisticados de prevención de la peste y de las pestilencias, ante la indiferencia —si no oposición— de los médicos universitarios, que, fieles al criterio de autoridad de los clásicos, habrían insistido en el origen aéreo de la pestilencia. Forma también parte de esta misma interpretación la tesis de que sólo merced al médico humanista italiano Girolamo Fracastoro y a su supuesta teoría del «contagio vivo», los médicos universitarios incorporaron, por fin, a su discurso en el segundo tercio del siglo XVI las decisivas novedades sanitarias puestas en práctica tiempo atrás por las colectividades europeas más avanzadas.

Sin embargo, en contra de esta extendida concepción, difusión aérea y contagio no fueron percepciones contrapuestas acerca del modo de diseminación de la peste, sino estadios sucesivos de este proceso (75). En la pasada década Vivian Nutton ha mostrado que la idea de contagio no fue ajena ni a Galeno, ni al galenismo del siglo XVI, y que el mérito de Fracastoro consistió no tanto en la presunta originalidad de su teoría, como en su esfuerzo por sistematizar las ideas sobre el contagio contenidas en los escritos galénicos, reformulándolas en el marco del galenismo del siglo XVI (76). No obs-

(75) Al estudiar las percepciones y reacciones que las enfermedades suscitaron en las sociedades humanas del pasado, no podemos olvidar que la historia de la peste, como la de cualquier otra enfermedad infecciosa, se ha escrito habitualmente de acuerdo al modelo de esta enfermedad configurado por la medicina de laboratorio. Sobre este aspecto, véase en particular el artículo de Andrew Cunningham que abre esta sección monográfica.

(76) NUTTON, V. (1983). The seeds of disease: an explanation of contagion and infection from the Greeks to the Renaissance, *Medical History*, 27 (1983), 1-34; --- (1990). The reception of Fracastoro's theory of contagion: the seed that fell among thorns? *Osirís*, 6, 196-234.

tante, restan aún dos grandes preguntas sin respuesta satisfactoria: 1) ¿cómo abordaron el concepto de contagio los médicos universitarios bajomedievales?; y 2) ¿qué relación existió (si hubo alguna) en relación a las ideas y medidas frente al contagio, entre los médicos universitarios y la población civil durante el mismo periodo? Retomemos ahora el hilo general del discurso en busca de respuestas, siquiera parciales, a estos interrogantes.

Como ya hemos señalado, una «pestilencia» podría iniciarse siempre que tuviera lugar una corrupción substancial del aire como consecuencia de la acción conjunta de dos grupos de causas, las celestes y las terrestres. Según Gentile da Foligno, esta corrupción del aire se hacía aparente a través de «corrupciones perceptibles» (*corruptiones sensibiles*) que podían penetrar en el interior del cuerpo de los individuos en contacto con ese aire siguiendo dos vías distintas: 1) el aire inhalado por el tracto respiratorio, y 2) el aire perspirado a través de los poros de la piel. Mientras unos cuerpos eran capaces de resistir la embestida de esta corrupción, otros sucumbían a ella (los médicos universitarios bajomedievales reconocieron de modo unánime estas diferencias individuales, que eran interpretadas mediante la teoría galénica de la constitución) (77). Cuando las «corrupciones perceptibles» entraban en un cuerpo susceptible, se generaba una «materia venenosa» junto al pulmón y al corazón. Esta materia no actuaba por medio de sus cualidades complejionales, sino mediante su venenosidad — es decir, por su propiedad específica de ser venenosa (*per proprietatem venenositatis*). Gentile no dudaba en explicar cómo esta «materia venenosa», incluso en muy pequeña cantidad, podía eventualmente infectar todo el cuerpo: como Alfonso de Córdoba, subrayaba el poder de auto-multiplicación del «veneno». En efecto, éste, en contacto con las «humedades de nuestro cuerpo», actuaba del mismo modo que otros venenos y convertía lo que tocaba en su similar, de tal modo que por continuidad se extendía a todo el cuerpo. Cuando el veneno alcanzaba y tocaba el corazón, lo convertía en veneno, de manera que el espíritu vital que allí tenía su asiento, se rendía a la forma del veneno y abandonaba el corazón, dejando a éste y al cuerpo sin movimiento, es decir, muerto (78).

(77) Gentile dedicó cinco *dubia* diferentes (nos. 5, 6, 10, 11, 12) a las peculiaridades individuales que hacían a algunos cuerpos refractarios a la corrupción y a otros susceptibles de sufrir daño, además de una sexta «duda» (no. 9) a mostrar «por qué los hombres mueren de pestilencia, mientras los bueyes y otras bestias no». Cf. GENTILE, *Consilium*, signats. c₁v-c₂v, c₃r-c₄r.

(78) GENTILE, *Consilium*, signats. c₄r-c₄v: «[Quomodo aer infectus a corde trahitur] ... hoc

Agramont, que no mencionó esta materia venenosa, dio una explicación alternativa acerca de cómo se extendía la corrupción por todo el cuerpo humano. En su opinión, el «aire corrupto y pútrido», tras haber entrado en el corazón, pudría tanto la sangre arterial que se generaba en las celdas del corazón, como los espíritus vitales; esta sangre podrida que, por vecindad, corrumpía y podría la sangre restante, pasaba luego a otros miembros a través de las arterias (79). Así pues, los tres (Gentile da Foligno, Alfonso de Córdoba y Jacme d'Agramont) recurrieron, de un modo u otro, a la teoría de la «multiplicación de las especies» para explicar cómo se extendía la corrupción en el interior de los cuerpos (80).

La idea de Gentile de que la causa de la *pestilentia* era una «materia venenosa» generada junto al corazón y pulmón como resultado del aire pestilencial no fue unánimemente aceptada entonces. Es más, la mayoría de los médicos cuyos escritos se estudian aquí, parecen haberla ignorado y Giovanni della Penna incluso la rechazó. En efecto, el médico napolitano sostenía que la «pestilencia» sólo afectaba a aquellos individuos cuya materia colérica se encontrara recalentada y corrompida. En consecuencia, era la constitución personal lo que eventualmente permitía a la «pestilencia» arraigar en su «materia colérica» (81). En cierta medida, la idea de Della Penna podría identificarse con lo que Agramont llamaba «pestilencia» causada por sobre-

contingit ex multitudine veneni vel aeris venenosi pestilentialis que se ipsa multiplicat inficiendo humiditates nostri corporis qua venenositate multiplicata augetur illa mala qualitas. Nam, ut dicitur in geometria, quantitas augmentat virtutem. Unde ex modico veneno assumpto convertente quod tangit ad suum simile augetur virtus et multiplicatur, ita quod de facili per modum continui corporis extrema se tangunt, et attingit parum in quantitate venenum ipsum cor, et quod contagit convertit ad venenum, et ex eo tunc spiritus vitalis non habens debitum organum in quo resideat cedit forme veneni, et egrediens de corde dimittit cor et corpus sine motu et hec est mors, cuius signum est, ut ait Conciliator, si tale comedatur efficitur venenum comedenti».

- (79) AGRAMONT, *Regiment*, p. 74: «Encara més, aquest àer corromput e podrit, alendan e respiran entre sens tot migà al cor. Per què podrix e corromp la sanch arterial que.s fa e s'engendre dins les çelles del cor. Corromp encara e podrix los espirits vitals, lo qual sanch corromput va del cor per les venes que polsen, les quals són apelades artèries, als altres membres. E la damondita putrefacció ho corrupció de sanch per vicinitat corromp e podrix l'altre sanch».
- (80) Sobre la teoría de la «multiplicación de las especies», cf. CROMBIE, A. C. (1953). *Robert Grosseteste and the origins of experimental science, 1100-1700*, Oxford, Oxford Univ. Press, pp. 86, 109-10, 112, 114-5, 117-8, 137-8, 140, 144-9, *passim*; LINDBERG, D. C. (1976). *Theories of vision from Al-Kindi to Kepler*, Chicago-London, The Univ. of Chicago Press, pp. 19, 98, 113-6, 223, 254-5, *passim*; así como la bibliografía citada por ambos.
- (81) PENNA, *Consilium*, pp. 341-342.

calentamiento del aire —un cambio cualitativo del aire al que más adelante me referiré (82).

De acuerdo a Gentile da Foligno, los «vapores venenosos» que desprendía el cuerpo infectado eran comunicados a otros cuerpos a través del aliento y de la piel. Con ello, la «pestitencia» se difundía ampliamente por contagio (*per contagionem*), pasando de una a otra persona y de un a otro lugar (83). En este punto Gentile se hizo eco de dos significativos pasajes galénicos tomados del escrito *De differentiis febrilium*: el primero hace referencia a «ciertas semillas de la pestilencia» que son arrojadas por el cuerpo pestilente al aire circundante a través de las dos vías citadas; el segundo habla acerca de los «restos de calidez» que quedaban en el aire mucho tiempo después de que la pestilencia hubiera desaparecido, y que infectaban como un «fermento» en un horno de pan (84).

La mayoría de los médicos que escribieron sobre la peste de 1348 aparentemente distinguían en su diseminación dos niveles: el mayor, que consistía en la transmisión de la peste entre diferentes lugares, y el menor, que implicaba su transmisión interpersonal. En relación al primer nivel, Agramont —con mucho el más explícito a este respecto— aceptaba tres vías posibles de difusión: por contigüidad; por consumo de trigo y otras viandas procedentes de una «región pestilencial»; y por efecto de los vientos (85).

(82) AGRAMONT, *Regiment*, p. 72.

(83) GENTILE, *Consilium*, signat. a₂: «Quid tamen de predictis non est magna cura, credendum est tamen quod aliquatiter sit de predictis causis, quod causa immediata et particularis est quedam materia venenosa que circa cor et pulmonem generatur, cuius impressio non est ex excessu qualitatum primarum in gradu, sed per proprietatem venenositatis, unde communicatis vaporibus venenosis per exspiratum et inspiratum aerem fit multa huius pestis per contagionem extensio et transitus non solum de homine in hominem, sed de terra in terram».

(84) *Ibidem*, signat. a_{3v}: «Inquit [Galenus] enim [?] circundantem nos aerem inferri quedam pestilentie semina»; ---, signat. a_{3r}: «Manent enim reliquie caliditatis, ut in clibano, que velut fermentum inficiunt, ...»

(85) AGRAMONT, *Regiment*, pp. 53-4: «Mas, a vegades, [pestitència] se muda en altra [regió] per una de tres rahons. La primera per vicinitat car .i. àer corromput, leugerament corromp altre àer a ell acostat e açò veem manifestament per experiència en exemple semblant, car una malgrana ho poma podrida ne fa podrir altra a ella acostada. Veem encara que si una malgrana ho poma se podrix en una part, que a poch de temps s'estén la putrefacció a tota la magrana ho a tota la poma. La segona rahó és portament de forment ho de viandes d'aquella regió pestilencial en altra, car en aquells qui.n mengaran s'engendraran malauties semblants e pegar s'an d'uns a altres. La terça rahó és vent que porte e muda l'àer corromput e pestilencial d'una regió en altra, ...».

La transmisión interpersonal de la peste fue tenida en cuenta por todos los médicos prácticos estudiados. Tres fueron, en suma, las diferentes vías de transmisión tomadas en consideración: el aliento, la *perspiratio* cutánea y la mirada. Acerca de las dos primeras ya hemos hecho algún comentario a propósito de las opiniones de Gentile da Foligno. Agramont, por su parte, subrayaba que la relación con la víctima de una «enfermedad pestilencial» (*participació ab malalt de malaltia pestilencial*) provocaba la transmisión de la enfermedad de una persona a otra «como un fuego salvaje», a menos que Dios protegiera con Su gracia. Tras enunciar diversas enfermedades transmisibles de este modo, el maestro catalán concluía subrayando que, en términos generales, «toda enfermedad surgida a partir de la pestilencia en el aire» era susceptible de ser transmitida de una persona a otra (86). Sin embargo, añadía de acuerdo a la teoría galénica de la constitución, que las diferencias individuales en el temperamento y modo de vida hacían que algunas personas contrajeran la enfermedad y otras no, y que unas lo hicieran más fácil y rápidamente que otras. Así, estaban más expuestos al contagio los individuos que 1) tuvieran su cuerpo sobrecargado de humores, sobre todo si éstos se encontraban corrompidos y podridos; 2) hubieran comido y bebido en exceso a lo largo del año previo; 3) hubieran abusado de las relaciones carnales con mujeres; y 4) tuvieran las porosidades corporales dilatadas de modo natural o artificialmente (mediante baños) (87). Los demás médicos aquí estudiados sostuvieron opiniones similares. Los maestros de París, por ejemplo, consideraban que entre los particularmente susceptibles a la pestilencia, es-

(86) *Ibidem*, p. 65: «Altra rahó [de pestilència particular] és participació ab malalt de malaltia pestilencial, car d'u se pega en altre axí com a foch salvatge e d'aquell en altre. E axí s'estén als altres si Déus misericordiós no y tramet la sua sancta gràcia. E si algú me demane quals són les malalties que.s peguen d'u en altre, dich que aquelles són axí com lebrostat ho meseleria e roynna e tisiguea e lagaynna, febre pestilencial, pigota e sarmpió e tiynna. E universalment tota malaltia que.s fa per pestilència de l'àer.»

(87) *Ibidem*, pp. 65-6: «Emperò que una malaltia se pecha a altre requirs'i principalment disposició en lo cors d'aquell a qui's pegue. Car obra e impressió tots temps se fa en matèria dispostita, per què diu hom vulgarment que mal acostar fa lo foch a la estopa. E si hom encara me demane qui són aquells qui són disposts e apareyllats a malalties pestilencials, dich que aquells principalment que han lo cors plen d'umors especialment si són humors corrompudes e podrides e aquells axí meseix que seran gloriejats dintre l'an en molt menjar e en molt beure. E aquells qui molt usen de participar carnalment ab fembra. E aquells qui han les porositats del cors amples ho artificialment axí com per molt usar baynns ho naturalmen axí como aquells qui leugerament senten calor ho fredor. E qui per pocha rahó suen. E qui són pelosos per lo cors, car moltitut de pèls demostre raritat e amplexa de les porositats del cors.»

taban aquellos cuya complexión era cálida y húmeda, quienes tenían muchos humores malos y presentaban constipación, y quienes seguían un régimen de vida inadecuado (88).

El anónimo práctico de Montpellier, haciéndose eco de las mismas ideas que Agramont, insistía en el riesgo de transmisión interpersonal masiva de la pestilencia a todos los presentes, por efecto del aliento de las víctimas agónicas de la *epidemia* (89). Por otra parte, fue el único en referirse a la mirada como otro modo de transmisión interpersonal, que percibía como extremadamente peligroso:

«No obstante, el momento de mayor virulencia de esta *epidemia*, que acarrea la muerte casi instantánea, es cuando el espíritu aéreo que sale de los ojos del enfermo golpea el ojo del hombre sano que le mira de cerca, sobre todo cuando aquél se encuentra agonizando; entonces la naturaleza venenosa de ese miembro pasa de uno a otro y mata al individuo sano» (90).

El práctico de Montpellier explicaba la dañina influencia del enfermo agónico apelando a la autoridad de Euclides, aunque su fuente de información fuera en realidad el pseudo-Euclides *Catoptrica*. El autor de este trabajo afirmaba que podía provocar de modo natural fuego y quemar edificios, casas, campamentos y árboles mediante los bien conocidos espejos ustorios (91). Algo análogo a ello ocurría, según el práctico de Montpellier, cuan-

(88) MAESTROS DE PARÍS, *Compendium*, pp. 90, 92.

(89) PRACTICUS, *Tractatus*, p. 72: «Cum igitur haec epidemia secundum aliquos habeat solo aere, solo flatu, sola conversatione contra aegros, plures occidere dicunt, quod aere inspirato infirmis et a sanis circumstantibus aspirato, ipsos laedi et necari maxime illo tunc quando sunt in agone; sed non subito, sed per intervallum, et paulatim illa necatio posset esse».

(90) *Ibidem*, pp. 72-3: «... sed major fortitudo hujus epidemiae, et quasi subito interficiens, est quando spiritus aerius egrediens ab oculis aegroti repercusserit ad oculum sani hominis circumstantis, et ipsum aegrum respicientis, maxime quando sunt in agone: tunc enim illa natura venenosa illius membri transit de una in alia, occidendo alium».

(91) *Ibidem*, p. 73: «Unde quicumque viderit speculativam Euclidis de speculis comburentibus et concavis et reflexis, non mirabitur, sed concedet hanc epidemiam naturaliter et a proprietate, et non miraculose posse evenire, et de aegro ad sanum transire, et ipsum necari; quia miraculosum est quando ratio vel causa naturalis, quare hoc fit, non habetur. Sed natura aerea et subtilis egrediens, et reflexa ex duobus speculis, mediante calore et claritate solis, immediate accenditur, et quasi subito agit, contrahendo aerem diaphanum virtute claritatis simpliciter (generati?) ex radiis solaribus et speculis; ex quibus claritibus aedificia et domus et castra et arbores, juxta illa loca sita, comburuntur et destruuntur; cujus exemplum in libro Euclidis potest haberi». El escrito *Ca-*

do la *epidemia* se transmitía a través de la vista de un enfermo agónico. Cuando la humedad venenosa de la «epidemia» había ascendido al cerebro del enfermo, a veces era expulsada a través de los nervios ópticos hasta los ojos. Allí, la primera ventosidad generada recibía la sorprendente propiedad de producir de modo continuo un espíritu tóxico, que buscaba un habitáculo de cualquier naturaleza donde reposar. Si una persona sana mirara entonces a este espíritu invisible, recibiría la impresión del mal pestilencial. Esta impresión era más fuerte que la provocada por la inspiración del aliento de un enfermo, «porque este veneno diáfano [penetra] más rápido y profundo que el aire grueso» (92). El práctico montepesulano sugirió dos analogías adicionales para explicar cómo podía actuar el veneno a través de la mirada de alguien infectado por la peste: el mitológico animal llamado basilisco y la historia de la denominada «doncella venenosa». La descripción del basilisco, que se retrotrae al menos hasta Plinio, tuvo una larga tradición escrita en la cultura occidental antigua y medieval. En el siglo XIII la analogía entre la mirada del basilisco y la de una mujer menstruante fue ampliamente difundida por el pseudo-Alberto Magno *De secretis mulierum*; estos y otros elementos aparecieron unidos en una historia muy conocida, la de la «doncella venenosa», que se extendió por Europa a finales de ese siglo y constituyó uno de los más relevantes ejemplos de la tradición ginofóbica en la Edad Media (93). La analogía que el práctico de Montpellier estableció entre la mirada de una víctima agónica de la «pestilencia» y la maligna mirada de la «doncella venenosa» revela cuán seriamente tuvo en cuenta este modo de transmisión de la «pestilencia».

toptrica, que de hecho contiene una mezcla de teoría euclidea y post-euclidea, fue compilado por Theon de Alejandría (fl. segunda mitad del siglo IV). De modo general se responsabiliza al neoplatónico bizantino Proclus (siglo V) de la falsa atribución de esta obra a Euclides. Cf. GILLESPIE, C. C. (ed.) (1970-1980) *Dictionary of Scientific Biography*, New York, Ch. Scribner's Sons, 16 vols.: IV, 430; XIII, 322-3.

- (92) PRACTICUS, *Tractatus*, p. 75: «et aliquando cerebrum expellit hanc ventosam et venenosam materiam, per nervios opticos, concavos ad oculos, et tunc aeger est in agone, tenens oculos quasi non possent moveri de loco ad locum, et ibi prima ventositas recipit proprietatem mirabilem, quae sic stans et permanens, continuo fit spiritus ille toxicus, et quaerit habitaculum in aliqua natura in quam possit intrare, et quiescere. Et quem spiritum visibilem si quis sanus aspexerit, suscipit impressionem morbi pestilentialis, et intoxicatur homo citius quam aere aegroti abstracto, quod illud venenum diaphanum citius in profundo quam aer grossus».
- (93) *Ibidem*, pp. 75-6. Sobre ambas historias y su transmisión, cf. JACQUART, D.; THOMASSET, C. (1989), *op. cit.* en nota 19, pp. 70-72, 86, 199-200, 204.

4. LOS SIGNOS DE LA PESTE

Los médicos estudiados distinguieron dos principales grupos de signos o señales de peste y pestilencias: los que permitían pronosticar la irrupción de la calamidad en un lugar determinado en un futuro más o menos próximo, y los que revelaban su presencia *de facto* allí y entonces. En ambos casos remitían a fenómenos observables en el entorno natural.

Aunque tanto los maestros de París como Gentile da Foligno aludieron a estos signos (94), fue Agramont quien más se detuvo en ellos (95). Tras afirmar que no consideraba necesario hablar de los signos de una pestilencia debida a un cambio cualitativo del aire «porque son claros y manifiestos para cualquiera capaz de distinguir la diferencia entre el calor y el frío», Agramont se refirió de modo sistemático a las señales propias de la pestilencia por una corrupción substancial del aire. En relación a los signos o señales que anunciaban la inminencia de la pestilencia, afirmaba que las causas de ésta eran también sus signos, puesto que «todas las cosas que provocan la pestilencia en el aire y entre la gente pueden denominarse signos, bien sean constelaciones, vientos u otras cosas». En contraste, los maestros de París advertían que «las constelaciones y otras causas celestes de la pestilencia, así como los juicios de los astrólogos, tenían que situarse de acuerdo a Ptolomeo, entre lo necesario y lo posible» (96).

Entre los signos que anuncian la llegada de la pestilencia Agramont subrayaba un fenómeno que describía como «inflamaciones (¿cuerpos ardientes?) producidas en el aire», algunas de las cuales aparentemente eran fijas, como la *estela comada*; otras, en cambio, móviles y de formas y tamaños diversos. Entre éstas últimas se refirió a una muy grande llamada *drach* (¿dragón volante?), tal como la que fue

«vista en Lleida por muchas personas notables y dignas de crédito inmediatamente antes del amanecer del último día de febrero de 1345. Su anchura era mayor que un asta grande de lanza y, de acuerdo a estimaciones fiables, tenía la longitud de más de veinte astas de lanza. Despedía mayor

(94) MAESTROS DE PARÍS, *Compendium*, pp. 84, 86, 88, 90; GENTILE, *Consilium*, signat. c₃r.

(95) AGRAMONT, *Regiment*, pp. 69-72.

(96) MAESTROS DE PARÍS, *Compendium*, pp. 86, 88: «ista [constelaciones et alie cause predictae] tamen cum indiciis astrologorum, secundum dictum Ptholome, inter necessarium et possibile sunt reponenda».

resplandor que cualquier lámpara. Por ello, produjo un gran pavor entre todos aquellos que la vieron» (97).

Estas «inflamaciones» eran más o menos frecuentes en función de la «multitud de exhalaciones que ascendían de la tierra hacia las regiones del aire como resultado de las virtudes del sol y de las conjunciones de algunos planetas» (98). Sin embargo, Agramont no descartaba que Dios, como consecuencia de la mala conducta de ciertas gentes, hubiera podido a veces «enviar fuego del cielo, o crearlo de nuevo en la tierra para quemar y hacer desaparecer a todas ellas» (99).

Con respecto a los signos que revelaban una pestilencia ya presente en el aire, Agramont enumeró varios tipos, todos ellos consistentes en fenómenos naturales inusuales. Unos signos se situaban en el aire, por ejemplo cuando había nubosidad en el aire, cuando todo él estaba lleno de polvo, o cuando éste, pese a carecer de color, parecía amarillo o cetrino. Otros signos consistían en cambios poco habituales en el mundo vegetal y animal, por ejemplo, cuando las frutas se arruinaban, o la cosecha de grano no se conservaba y despedía un olor extraño; cuando algunos animales —por ejemplo, las serpientes, lagartijas, lagartos, otros reptiles y las ranas— abundaban y salían de las cavernas y del agua más de lo usual; o cuando los pájaros huían de sus nidos y abandonaban sus huevos (100). Gentile da Foligno recurrió a algunos de estos cambios en la conducta animal al objeto de determinar si la pestilencia debía atribuirse a causas superiores o inferiores: por ejemplo, cuando los gusanos y las serpientes salían de la tierra, y los pájaros huían

-
- (97) AGRAMONT, *Regiment*, p. 69: «... fo vista en Leyda per moltes notables persones dignes de fe en l'an de MCCCXLV, lo derrer dia de febrer prop d'alba, la amplea de la qual ere major que una gran asta de lança e la longuea, segons estimació verdadera, ere de més de XX astes de lança. E avie major resplandor que degun lamp. Axi que tots aquells qui la veeren feu molt gran pahor.»
- (98) *Ibidem*, p. 70: «E si hom me demane per què alcunes de les inflamacions dessús dites són de gran quantitat e altres de poca, dich que açò.s fa segons la multitud de les exhalacions que pugen de la terra en la regiò de l'ær per la vertut del sol e per vertut de conjuncions d'alcunes planetes.»
- (99) *Ibidem*, p. 70: «Emperò no contrast que Déus tot poderós per la malvestat de les gents d'aquella no pogués aver tramès foch del cel ho creat de nou en la terra qui cremàs e dissipàs tota aquella gent, ...»
- (100) *Ibidem*, p. 71: «Altre scynnal hi ha encara molt cert, ço és a saber, que les serps e les sangartaylles e ls luerts e altres reptiles e les granotes són en gran habundància e hixen de les cavernes de la terra ho de la aygua pus abhora que no han acostumat. Encara hi ha altre seynnal:qu. ls ocells fugen de sos nius e lexen de covar los ous.»

hacia lugares más altos, las causas de la pestilencia eran inferiores (101). Finalmente, según Agramont durante ese tiempo las enfermedades eran muy engañosas y prevalecían muchas fiebres pestilenciales que se acompañaban de «malos tumores y apostemaciones, tales como ántraces o 'mala busaynna', 'viruela' y gusanos, y otras enfermedades malignas» (102). En su opinión, el desarrollo y multiplicación de estas fiebres y de tales enfermedades acompañantes era el signo más decisivo para indicar que había corrupción y putrefacción en la substancia del aire. Sin olvidar la automática asociación que Agramont, lo mismo que cualquier otro médico galenista, establecía entre el mal olor y la putrefacción y entre ésta y la pestilencia; asociación que tuvo un amplio reflejo en el establecimiento de medidas preventivas cuyo único objetivo era eliminar el mal olor y, aún mejor, perfumar el ambiente.

5. LOS EFECTOS DE LA PESTE

Como ya he señalado, para Jacme d'Agramont, el práctico de Montpelier y, en cierta medida, también Gentile da Foligno, la «pestilencia» era el cambio en el aire en sí mismo, y no las consecuencias de éste. Agramont distinguía entre «pestilencia moral» y «pestilencia natural», siendo cada cual responsable de diversos efectos: la «pestilencia moral» — que él no estudió — ocasionaba enemistades, rencores, guerras, robos, destrucciones de lugares y muertes; la «natural», corrupciones, muertes súbitas, y enfermedades diversas. Entre éstas últimas Agramont destacaba como algo característico del *temps de epidímia ho de pestilència*, la proliferación de «fiebres pestilenciales, tumoraciones, apostemas en axilas, ingles y otras partes del cuerpo humano, viruela (*pigota*), gusanos (*cuchs*) y otras malignas enfermedades muy peligrosas y mortales» (103).

(101) GENTILE, *Consilium*, signat. c₃r: «Ex quo comprehenditur pestilentiam esse ex superioribus vel inferioribus causatam, nam quando est ex inferioribus vermes exeunt extra terram et serpentes, et aves, ut dictum est, fugiunt in altum. Et quando est ex superioribus; accidit e contra, ut dictum est».

(102) AGRAMONT, *Regiment*, p. 71: «... males exidures e apostemacions, axí com ántrachs ho mala busaynna, pigota e cuchs e altres malvades malalties».

(103) *Ibidem*, pp. 51-2: «... no.s deu negun hom maraveyllar si l'air a vegades és rahó que les gents muyren sobtanament, ho que diverses febres pestilencials regnen, ho exidures, ho apostemacions se facen sots la exella ho en l'angonal ho en altres lochs, ho que regne pigota ho cuchs ho altres males malauties fort periyllloses e mortals. E aytal temps pot ésser dit temps de epidímia ho de pestilència».

Agramont dedicó la sección cuarta de su *Regiment* a una discusión detallada de los efectos del *àer pestilencial*, así como a la descripción de su modo de generarse (104). Ostensiblemente, también mencionó la mayoría de estos efectos como signos *de facto* de la peste en el aire, aunque no identificó ni unos ni otros de modo expreso. Los efectos variaban según fuera el aire pestilencial en sus cualidades o en su substancia. En ambos casos se afectaban no sólo los cuerpos humanos, sino también los vegetales (plantas y árboles en los cambios cualitativos, granos y frutas en los substanciales). En el primer caso, todos los efectos derivaban de cambios en las cualidades de frialdad y calidez, sin duda el par de cualidades cuyas alteraciones eran más evidentes. Así, el sobrecalentamiento hacía arder el humor cólera, el cual dominaba así sobre los restantes humores y predisponía a la aparición de cualquier enfermedad colérica (105). El sobreenfriamiento podía provocar «apoplejía, que es un apostema del cerebro», «epilepsia» o «enfermedad de la caída», «parálisis y torcimiento de la cara, los ojos y la boca» y, si fuera extremo, la muerte (106). Por otra parte, el aire pestilencial en su substancia podía causar diversas enfermedades, aunque en todas ellas había «siempre fiebre continua de uno o varios humores, de acuerdo al modo como estos humores reciben la impresión o putrefacción del aire pestilencial». Cuando la sangre se pudría dentro de la substancia del corazón, generaba en éste un *apostema* que la naturaleza a veces expulsaba hacia las axilas, donde eventualmente se reproducía. En otras ocasiones, aparecía un *apostema* en el hígado, desde donde podía desplazarse hasta las ingles. Cuando la sangre podrida burbujeaba como el mosto, podía generar «viruela y sarampión» (*pigota e sarampió*). Finalmente, cuando el humor más afectado por la putrefacción era la flema, se generaban «gusanos» (*cuchs*) de diferentes clases (107). Sin hacer mención expresa al *apostema*, por más que ello pudiera inferirse del contex-

(104) *Ibidem*, pp. 72-4.

(105) *Ibidem*, p. 72.

(106) *Ibidem*, p. 73: «E si és tant fret que pusque fer penetració dins lo nostre cors, mortifique la calor natural, per què.s trobe que molt hom es mort per gran fret. Encara fa apoplexia, ço és dit ajustament ho apostemació del cervell, ... epilènsia que vol aytant dir com mal de caure, ... paralíticament e tortura de cara e d'uylls e de bocha ...».

(107) *Ibidem*, p. 74: «E aquesta sanch a les vegades fa ajustament dins la substància del cor e engendre ho fa apostema en lo cor. A vegades natura se'n desix e.l tramet a les exeles que són axí com a latrina ho albeló del cor e fa aquí ajustament ho apostema. A vegades lo tramet al feige e.l feige tramet-lo a l'angonal axí com a la sua latrina ho albeló e fa aquí apostema. A vegades aquella sanch podrida bull axí com fa lo most e va a les partides de ffora. E engendre.s pigota e sarampió. E a vegades la putrefacció en especial se fa en la fleuma, per què s'engendren cuchs de diversses maneres».

to, Gentile da Foligno se refirió brevemente a la parte posterior de las orejas, la axila izquierda y la ingle derecha como los lugares habituales donde aparecían los «signos» (*signum*) indicadores de «lesiones» en los tres miembros principales —cerebro, corazón e hígado—, a su vez asiento de las tres almas de la filosofía griega (108).

En contraste con la sofisticada clasificación de los efectos de la pestilencia que Agramont suministró, el práctico de Montpellier aludió a un solo efecto general: la muerte repentina de los seres vivos (109). Ahora bien, pese al carácter más clínico del *Regiment* de Agramont, la muerte fue también para él, el efecto más preocupante de la pestilencia. No podía ser de otro modo, puesto que, como ya hemos visto, pestilencia era entonces casi sinónimo de muerte. Además, tal como Agramont subrayó precisamente al justificar por qué había escrito el *Regiment*, «aunque toda muerte es siempre tenida por muy terrible, la muerte súbita [tal como la causada por la pestilencia] es particularmente peligrosa, especialmente para el alma», y «aún más terrible cuando asimismo se acompaña de accidentes muy terribles» (110). Así pues, la población de Lleida amenazada por la pestilencia corría no sólo el riesgo de una terrible enfermedad que casi de seguro les arrastraría a una muerte dramática, sino también el de la condena eterna, si aquélla les sobreveníá de modo rápido y sin auxilio espiritual.

La posibilidad de la muerte conllevaba frecuentemente la necesidad de determinar, en situaciones dudosas, si ésta había ocurrido de hecho. Agramont no eludió este problema. Según señalaba, la *apoplexia* —que él consideraba como un efecto del aire pestilencial por sobreenfriamiento y asociada al *apostema* del cerebro— provocaba una «pérdida súbita de movimiento y de sensibilidad que volvía a los hombres tan inertes que difícilmente se podía determinar si estaban muertos o vivos, sea por el pulso o por la respiración» (111). Para salir de dudas, Agramont sugería a sus lectores (recuérdese que se trataba de la población civil) dos sencillas pruebas que aceptaba

(108) GENTILE, *Consilium*, signat. a₂v: «Et pro evidentia nota quod cum leditur cor, signum apparet sub ascella sinistra, aut cerebrum post aures, quando epar in inguine dextro».

(109) PRACTICUS, *Tractatus*, p. 71 (cf. la nota 21).

(110) AGRAMONT, *Regiment*, p. 47: «E ja sie açò que universalment tota mort sie molt terrible, emperò mort sobtana és molt periylosa specialment quant a la ànima. Es encara molt terrible en aytant com la acompaynnen molt terribles accidents».

(111) *Ibidem*, p. 73: «Encara fa apoplexia, ço és dit ajustament ho apostemació del cervell, per la qual hom soptament pert lo moviment e.l sentiment, axí que no.s conceix apenes de la persona si és morta ho viva ni en pols ni en alendar».

describir de modo detallado, sólo por su deseo de servir al bien común. La primera prueba consistía en observar si una tira muy fina de lana, colocada junto a las fosas nasales o la boca de una persona presuntamente fallecida, se movía como resultado del aire que entraba y salía con el aliento. La segunda prueba consistía en ver si el agua de un vaso colocado sobre su pecho, junto al corazón, se movía como resultado del latido cardíaco (112). Para Agramont era éste un problema nada trivial entonces, al ser «cierto que a muchos hombres y mujeres que padecen esta enfermedad [*apoplexia*] la gente común les considera muertos, con lo que muchos son enterrados vivos». En consecuencia, aconsejaba que todos «aquellos que sufren tal accidente de modo repentino [la muerte súbita], sean observados cuidadosamente y examinados por médicos antes de su inhumación». Si ello no fuera posible, Agramont recomendaba obrar de acuerdo al consejo de Avicena y dejar transcurrir un periodo de 72 horas antes de proceder al enterramiento de un cadáver (113).

6. CONCLUSIONES

En las páginas anteriores he explorado, a través de seis escritos contemporáneos, cómo percibieron los médicos prácticos universitarios del Mediterráneo latino la llamada Peste Negra de 1348, y en qué medida iniciaron la construcción de esta calamidad social como entidad morbosa.

Pese a que la Peste Negra apenas fue entonces caracterizada desde el punto de vista clínico (114), ninguno de ellos dudó en afrontar la peste

(112) *Ibidem*, p. 73: «Per què a provar si són morts ho vius pren hom .i. floch de lana fort prima e fort subtil e pose-la'ls hom prop los forats del nas ho a la bocha e si poch ni molt alenden, la lana se mou per l'èer que ix e entre per los forats del nas e de la bocha. Encara.n fa hom altra prova, ço és a saber, que.ls pose hom un gubell plen ver-tent d'aygua sobre.l pits, endret lo cor. E si per aventura lo cor ha degun moviment, veu hom moure l'aygua. E si per aventura no.s mou, liurar pots lo pacient als cape-lans».

(113) *Ibidem*, p. 73: «E ja sie açò que posar aquests seynals, sie exir de nostre propòsit, emperò jo.ls é volgut posar per proffit comú. Car çert so que molts hòmens e moltes dones a qui esdevé aquesta malautia se cuyden los vulgàs que sien morts e molts ne sotarren qui són vius. Per què conseyllaria que aytals a qui vé aytal accident soptosament flossen guardats e esprovats per bons metges diligentment enans que hom los soterràs. Ho que hi fos observat almeyns lo conseyll d'Avicenna qui vol que aytals sien esperats a soterrar almenys per LXX e dues hores que són III dies naturals entegres e complits».

(114) El patente contraste entre los escasos datos clínicos suministrados por los médicos que

como problema médico, con la ayuda de los instrumentos intelectuales a su alcance, a saber: su formación universitaria dentro del marco conceptual del galenismo latino bajomedieval, su experiencia clínica en pestilencias previas y el apoyo de las autoridades médicas griegas, romanas, árabes y medievales latinas a las que tuvieron acceso. Sus interpretaciones acerca de la naturaleza, causas, efectos y signos de la peste ilustran las más tempranas conceptualizaciones que los profesionales formados en las nacientes facultades médicas universitarias hicieron de un azote ya que no abandonaría Europa hasta el siglo XVIII. Los escritos en los que estos médicos expresaron sus ideas y consejos prácticos sobre la peste representan el inicio de un nuevo género en la literatura médica —el de los *regimina* de peste— que se desarrolló notablemente en la Europa bajomedieval y altomoderna (115).

La mayoría de los médicos cuyos escritos se han estudiado aquí concibieron la *pestilentia* como una condición universal del aire atribuible a causas celestes, aunque el énfasis dado por cada uno a estas causas fluctuó de acuerdo a variaciones geográficas. Si la teoría de las constelaciones de Albumasar fue su principal punto de referencia al explicar la relación entre el macrocosmos y el microcosmos (116), el concepto de corrupción que Aristóteles desarrolló y aplicó a todo el mundo sublunar constituyó el núcleo común de todas sus interpretaciones concernientes al modo de irrupción y difusión de la pestilencia (117). Dado que el aire era considerado como el elemento vital más básico, los efectos de la pestilencia habían de ser casi infaliblemente masivos. De acuerdo al pensamiento de la época, el proceso de corrupción y la resultante putrefacción podían detectar mediante el sentido del olfato a partir del mal olor ocasionado.

Aunque en cierta medida la irrupción de cualquier pestilencia como re-

escribieron sobre la Peste Negra en 1348-1349 y la amplia, ordenada y casi canónica descripción clínica que Guy de Chauliac (también testigo presencial de esta epidemia) suministró de la misma en 1361, sólo puede explicarse en razón de la mayor perspectiva que éste último adquirió sobre esta calamidad en el lapso de tiempo transcurrido entre una y otra fecha (unos trece años). Cf. GUY DE CHAULIAC, *Chirurgia magna*, tract. II, doct. II, cap. V, *Digressio de mortalitate* (Lyon, 1585, pp. 104-6).

- (115) Sobre las importantes variaciones sufridas por los *Regimina sanitatis* durante la segunda mitad del siglo XIV, véase GARCÍA BALLESTER, L. (en prensa) Changes in the *Regimina sanitatis*: the role of the Jewish physicians, *Medieval Medicine: The Causes of Sickness, the Secrets of Health* (Annual Medieval Conference, 24-26 february 1989. Victoria College, Univ. of Toronto.
- (116) LEMAY, R. (1962). *Abu Ma'shar and Latin Aristotelianism in the Twelfth Century*, Beirut.
- (117) Cf. ARISTÓTELES. *De generatione et corruptione*, particularmente el libro II, capítulos 9 a 11.

sultado de la corrupción de materia viva era esencialmente impredecible, cuanto más cantidad de materia viva estuviera involucrada en este proceso, tanto mayor era el riesgo de que aquélla brotara. Una vez iniciada como resultado de un proceso de corrupción a gran escala, la peste se difundía fácilmente de un lugar a otro a través del aire con la ayuda de fenómenos atmosféricos naturales; al mismo tiempo podía transmitirse de una persona enferma a otra sana, a través del aliento, los poros de la piel y, según el práctico de Montpellier, también la mirada. Dado que para la mayoría de los médicos aquí estudiados la irrupción de cualquier pestilencia estaba causada por fuerzas macrocósmicas, ésta quedaba fuera del control humano, con lo que a los individuos únicamente les quedaba protegerse de ella. Ahora bien, la *Epistola et regimen de pestilentia* del maestro de Montpellier Alfonso de Córdoba revela la existencia de sectores de opinión en la universidad de Montpellier, que dieron pábulo, e incluso soporte intelectual, a la grave acusación de que la pestilencia había sido provocada artificialmente, merced al ingenio de hombres malvados. Aunque Alfonso de Córdoba no acusó expresamente a ningún grupo o minoría social, los pogroms antijudíos que simultáneamente tenían lugar en diversos lugares del Languedoc y la Provenza no hacen descabellado suponer que muy probablemente fue la minoría judía el grupo social al que su dedo acusador apuntaba.

La idea de contagio como modo de transmisión interpersonal de la pestilencia está presente en la mayoría de estos escritos, lo que netamente refuta la asunción ampliamente difundida, de que el desarrollo de esta idea y de medidas preventivas consiguientes a ella en la Baja Edad Media fue el resultado de un «sano» empirismo de los ciudadanos en oposición a las ideas aeristas de los médicos universitarios. Tal como se ha señalado más arriba, difusión aérea y contagio no pueden ser considerados por más tiempo como concepciones contradictorias sobre el modo de diseminación de la peste, sino más bien como dos estadios diferentes y sucesivos de ésta; el aire era considerado, además, como el lugar donde cualquier pestilencia universal se genera.

No hay, pues, razón en absoluto para separar en dos compartimentos estanco los modos de percibir la peste de 1348 de los médicos universitarios y del patriciado urbano de las sociedades mediterráneas latinas. Por el contrario, las percepciones de unos y otros estuvieron íntimamente relacionadas y todo hace pensar que a mediados del siglo XIV los habitantes de las ciudades mediterráneas latinas estuvieron, en esta cuestión, profundamente influenciados por los saberes y las prácticas de la medicina universitaria. Así parecen confirmarlo los tres escritos más relevantes de los seis aquí estudia-

dos (los de Jacme d'Agramont, Gentile da Foligno y los maestros de París), que fueron dirigidos a autoridades políticas y muestran una clara preocupación por la salud comunitaria. Por otra parte, ninguna de las medidas sanitarias tomadas en 1348 por las comunidades del Mediterráneo latino fueron más allá del marco conceptual delineado por la medicina universitaria contemporánea.

A todas luces estamos, pues, ante una buena muestra de hasta qué punto en la Europa mediterránea latina de mediados del siglo XIV el saber médico y filosófico-natural desarrollado en las universidades —y más en general, el saber escolástico en su conjunto— había trascendido los límites del lugar donde se generaba y penetrado en el seno de las sociedades urbanas, donde había sido acogido como un instrumento válido y útil para articular adecuadas respuestas —en este caso urgentes e inexcusables— a sus demandas.

AGRADECIMIENTOS

A Luis García Ballester por sus valiosos comentarios y críticas.